

**DISCURSO DEL
EXCELENTÍSIMO SEÑOR PROFESOR DOCTOR
DON BENJAMÍN FERNÁNDEZ RUIZ**

Depósito Legal: M-42656-2001

Diseño y Maquetación:

Gráficas Chile, S.A.L.

Chile, 27

Tel./Fax 91 359 57 55

28016 MADRID

INDICE

Introducción	5
A Secreto agravio, secreta venganza	10
El fabricante de honradez	15
La Casa Maldita	22
El pesimista corregido	29
El hombre natural y el hombre artificial	36
Conclusión	46
Bibliografía	48
Discurso de contestación	49

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. Sras y Sres. Drs. Académicos
Señoras y Señores, amigos todos:

Hoy mejor que nunca puedo entender el viejo refrán castellano de que “Dios sabe escribir derecho sobre renglones torcidos”. Y esa es mi confianza, porque la verdad es que yo no merezco estar en ésta tan Docta Institución. Si lo estoy es gracias a la benevolencia de ustedes que tuvieron a bien votar mi candidatura, propuesta hace ya más de tres años por personas muy entrañables para mí, que se cegaron en aquel momento.

Por ello quiero que mis primeras palabras sean de profundo agradecimiento a la Corporación que hoy me acoge.

Permítanme un recuerdo muy emocionado a la memoria del Prof. Dr. D. Ángel Vián Ortuño, quien supo confiar en mí, charlar conmigo y animarme para presentar mi candidatura avalada por él. Mucho se ha dicho ya de Don Ángel, pero ese mucho aún es poco; fue un universitario de los pies a la cabeza, un hombre con ideas y con voluntad para llevarlas a cabo, valiente, generoso y gran amigo de sus amigos. La Dra. María Cascales fue la otra persona que me animó y me presentó. Con su eterna juventud, fue Profesora mía de Bioquímica en la Cátedra de Don Santos en la Facultad de Farmacia; excelente Profesora con la que desde entonces he

mantenido siempre una afectuosa relación, en parte debida a su vinculación con mi Maestro el Dr. Carrato a quien con frecuencia visitaba y consultaba cuestiones, recuerdo, relacionadas con los hepatocitos. María, para mí eres una continua lección de simpatía y de trabajo en pro de los demás. Mi tercer presentador fue el Excmo. Sr. Federico López Mateos, sucesor de D. Angel Vian en la Cátedra de Química Industrial, Economía de la Producción y Proyectos (hoy Cátedra de Ingeniería Química de la Universidad Complutense) al quedar vacante por su jubilación. Le conocí cuando D. Federico era Rector de la Universidad de Zaragoza y yo Secretario de la recién estrenada Sociedad Española de Histología y celebrábamos en Zaragoza nuestro primer congreso nacional. Nos dio todo tipo de facilidades y ya dejó constancia de su buen hacer y dinamismo. Años mas tarde coincidimos en Madrid y por medio del Prof. Vian, nuestra relación se fue estrechando hasta hacerse tan entrañable como para contestarme aquí hoy en mi recepción como Académico. Gracias Federico por las facilidades que me has dado y por haber querido hacer el esfuerzo de encontrar algo en mi curriculum para convencer a los compañeros. Pero quiero advertirte, a ti y a ellos, que lo que de positivo pueda haber en mi curriculum vitae se debe, en muy buena parte, a personas que han sabido estar a mi lado, desde mi familia hasta los compañeros. Cada uno de ellos sabe cuánto les debo.

En una cosa pueden estar tranquilos los Sres. Académicos, y es que ganas de trabajar nunca me han faltado y que vengo a ésta Institución, con algo de asombro porque creo no merecer el honor, pero también con la honradez de no buscar honores sino para trabajar.

Según los datos que me han facilitado, mi predecesor en éste sillón nº 5 de la Sección Quinta de esta Real Academia de Doctores, fue el Excmo. Sr. D. Armando Durán Miranda. Permítanme presentarles algunos trazos de su extensa biografía: Don Armando nació en Lugo el 10 de julio de 1913. Licenciado en Ciencias Exactas, Doctor en Físicas y Catedrático de Óptica de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid. Tras su entrada en la Academia fue nombrado Secretario de Ciencias de la Corporación.

Al principio de su carrera docente trabajó con D. Julio Palacios como Ayudante Meritorio sin remuneración. En el año 36 obtuvo por oposición la plaza de Profesor Auxiliar de Electricidad y Magnetismo, después de

haber trabajado con D. Blas Cabrera como Ayudante, pero no pudo tomar posesión de su plaza hasta concluir la guerra en el 39.

En 1945 obtuvo la Cátedra de Óptica de la Universidad Central en Madrid y al año siguiente fue nombrado Vicedirector del Instituto de Óptica Daza de Valdés perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Actuó como Secretario del Consejo Nacional de Física, siendo Esteban Terradas Presidente. En 1950 fue nombrado Director General de Enseñanzas Técnicas. Más tarde desempeñó el puesto de Director del Instituto de Estudios Nucleares y en 1966 el de Presidente de ANFE (Asociación Nacional Físicos Españoles)

Estaba en posesión de varias condecoraciones de acuerdo con su amplia trayectoria humana y científica.

Ingresó en lo que antes se denominaba Colegio de Doctores de Madrid el 27 de diciembre de 1946 y permaneció en esta Institución hasta 1996 en que pasó a la condición de académico supernumerario. Falleció éste año 2001, el día 12 de Enero. Descanse en Paz.

Señoras y Señores Académicos, les prometo todo mi esfuerzo y empeño en conseguir que Don Armando se pueda sentir orgulloso de mí pese a mis limitaciones.

El español universal D. Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) es para quienes me conocen “mi ídolo” desde que tengo uso de razón. En las paredes de mi despacho pueden encontrar placas, fotos, cuadros, sellos, vitolas, medallas, billetes, monedas, algún baldosín con su imagen y en mis armarios abundantes biografías de diferentes autores, sus libros... reconozco ser casi un fetichista cajaliano. Mi formación investigadora ha pretendido y pretende seguir su línea. De su ingente obra escrita podemos distinguir entre la estrictamente científica que le llevó a que le concedieran el Premio Nobel (1906) y la puramente literaria. Con inmenso acierto la Editorial Aguilar (Madrid,1961) recopiló y publicó las “Obras literarias Completas” de Ramón y Cajal, que comprenden “Mi infancia y juventud”, “El mundo visto a los ochenta años” (Impresiones de un arterioesclerótico), “Reglas y Consejos sobre Investigación Científica, Los Tónicos de la Voluntad”, “Cuentos de vacaciones”, “Charlas de café” y “Psicología de Don Quijote y el Quijotismo”.

Al pensar en elegir un tema para esta intervención, de inmediato pensé en lo que es el objeto de mi investigación desde hace más de treinta años, algo relacionado con el mundo de “los astrocitos” (para que me entiendan esas otras células que no son neuronas que pueblan los órganos nerviosos). Pero en un análisis mas detallado caí en la cuenta de que podía resultar demasiado especializado y que entre los miembros de la Academia los hay de todas las ramas del saber y no solo biomédico y por otra parte para el público podría suponer un castigo. Por eso, me fui a mi fuente de inspiración, las obras de Cajal, y tras constatar entre las personas mas allegadas que no conocían los cuentos de Don Santiago me dije, que nada mejor que un análisis de los Cuentos de Vacaciones del ilustre sabio para darlos a conocer y mostrar a través de ellos las distintas facetas que enriquecían la figura de Cajal. Y aquí estamos.

En una advertencia preliminar empieza escribiendo: “Hace muchos años (creo que fue durante el 85 u 86 escribí una colección de doce apólogos o narraciones semifilosóficas y seudocientíficas que no osé llevar a la imprenta... Hoy, alentado por el benévolo juicio de algunos insignes profesionales de la literatura me lanzo a publicarlos, no sin retocar algo de su forma y modernizar un tanto los datos científicos en que se fundan”.

Sigue advirtiéndome: “el subtítulo de *Narraciones seudocientíficas* quiere decir que los presentes cuentos se basan en hechos o hipótesis raciona-

les de las ciencias biológicas y de la psicología moderna. Será bien, por consiguiente (aunque no indispensable) que el lector deseoso de comprender las ideas y modos de expresión de los personajes de éstas sencillas fábulas posea algunos conocimientos siquiera sean rudimentarios de filosofía natural y biología general”.

Por más que he indagado sólo he encontrado publicados cinco de estos doce cuentos que él prometía. Estos cinco son: “A secreto agravio, secreta venganza”, “El fabricante de honradez”, “La casa maldita”, “El pesimista corregido” y “El hombre natural y el hombre artificial”. Fueron publicados en 1905, en Madrid, por la Imprenta Fortanet. Desde 1941 hasta 1999 se han editado doce reediciones.

De cada uno de ellos pretendo hacer una pequeña exposición de su argumento y un análisis seudocientífico de su contenido, siguiendo el pensamiento de Cajal.

CUENTOS DE VACACIONES (Narraciones seudocientíficas)

A secreto agravio, secreta venganza:

A juzgar por el título parece como si estuviésemos ante una obra de Lope de Vega o de Calderón de la Barca, desde luego ante un autor clásico. Pero es más, la obra en el fondo trata del honor y el tema Cajal lo resuelve, no con capa y espada, sino con técnicas de laboratorio. Los ingredientes son los clásicos: adulterio, celos, venganza, arrepentimiento... pero se le añaden unas gotitas de contenido científico y algo de humor macabro.

El protagonista principal es el Doctor Max von Forschung, profesor de la Universidad de Wurzburg, a quien Cajal describe de la siguiente manera: "Cincuenta años tenía, y era alto, enjuto, pelirrojo, con ojos verdes, llenos de bondad; labios delgados, que expresaban la ironía y palabra sencilla y precisa, como acostumbrada a traducir la verdad sin velos ni retóricos artificios. Visto de perfil, mostraba una de esas cabezas prolongadas en forma de martillo que parecen expresamente fabricadas para golpear obstinadamente en los hechos hasta arrancarles chispas de luz, ligeramente agobiado de espaldas, y flaco de brazos y piernas, semejava a la cepa en invierno; como ella, ofrecía exterior seco y desapacible, y producía, llegado el calor del pensamiento, frutos bellos y sabrosos. En fin: nuestro sabio, sin ser deforme o antipático, era lo bastante desgarbado y vulgar para no hacer del amor, cual la mayoría de los hombres, la perenne preocupación de su vida". "Vivía todo lo feliz que pueden vivir los sabios a quienes desvelan y desasosiegan la fiebre devoradora de la investigación y el afán de emular gloriosas reputaciones".

Paso por alto las descripciones sobre el entusiasmo científico de este afamado investigador, bacteriólogo eminentísimo. Pero si quiero destacar la siguiente frase que Cajal pone en su boca: "¡ Al promediar de la vida se ponen tan fríos los laboratorios y tan egoístas los amigos!". Es decir, y ustedes ya me entienden, que muy sabio sí, pero nadie le daba el calorcito que se necesita y se agradece.

Entonces aparece en escena: "Miss Emma Sanderson, americana, con veinticuatro años, lozana, rubia, apetecible y por añadidura, doctora en Filosofía y Medicina por la Universidad de Berlín, que fue la encargada

por el Destino de despertar en el candoroso sabio los impulsos un tanto adormilados de la conservación de la especie”.

Y lo que tenía que pasar, pasó. Se conocieron, se casaron, hicieron un viaje de novios por Egipto, Siria, Grecia y Persia aprovechando para recolectar microbios virulentos, desconocidos, responsables de las graves dermatosis de aquellos pueblos orientales. A su regreso publicaron varios trabajos con sus observaciones y tuvieron un hermoso niño rubio al que pusieron por nombre Max.

El famoso Dr. Forschung había llegado al cenit de sus aspiraciones: había dado su nombre a un microbio patógeno que descubrió en sus primeros trabajos; tenía una mujer bonita, tenía un hijo precioso y además en su pueblo una calle la *Forschungstrasse*, plantada de copudos tilos como la tan conocida *Unter der Linden* de Berlín. ¿Qué más podía pedir ?

Sólo faltaba a su gloria... la desgracia. Y vino a visitarle en forma de tremendos celos que alcanzaron su máximo cuando tras determinadas tretas pensadas por el profesor (recomiendo encarecidamente su lectura en el cuento), las sospechas se convirtieron en evidencias. En efecto su mujer, tenía relaciones con Mosser, el atolondrado y enamorado ayudante del laboratorio.

Las pruebas del clandestino amor cada vez eran mas evidentes y llegó un momento en que al sabio se le ocurrió una prueba de alto contenido científico que daría fe de sus sospechas. Bajo un diván en el que parecía que los encuentros no eran de simple reposo, dispuso cuatro receptores Marey, unidos mediante tubos de caucho, y bajo la alfombra, a un aparato registrador instalado dentro de un armario. El mecanismo, movido eléctricamente, entraría en función en cuanto el peso de dos personas gravitara sobre el diván, y sobre el papel ahumado quedaría la gráfica de los distintos momentos acompasados de los respectivos movimientos que alcanzarían su máximo en una meseta sostenida que a continuación caería fruto de la fatiga.

Y llega la venganza: von Forschung impregna por la parte engomada unas etiquetas de laboratorio, que Mosser utiliza para diferenciar el contenido de los frascos, con el microbio de la tuberculosis. Pasan unos cuantos días y al fin en la boca del ayudante aparecen los primeros síntomas de

infección, con pústulas en la lengua y en los labios; a los pocos días acontece lo mismo con Emma. Entonces ya no hay duda y se cumple el aforismo de “a secreto agravio, secreta venganza”.

Todo amabilidad, el doctor recomienda de acuerdo con otros doctores que lo mejor es que los afectados se recluyan en un sanatorio antituberculoso del Tirol. A pesar de su enfermedad, allí los amantes viven felices inicialmente. Un día mediante una de las revistas científicas Mosser, deduce de un trabajo del maestro, que han servido de conejillos de indias y que su infección ha sido ocasionada por Forschung; entra en profunda crisis y muere al poco tiempo. Dos meses mas tarde Emma escribe a su marido implorando su perdón y aclarándole que la culpa de sus flaquezas era más de los sentidos que de su corazón.

El la perdona, ella se cura, sale del sanatorio, vuelven a tener un nuevo hijo (ahora una niña) y todo indica que el cuento acaba aquí con el colorín, colorado; pero nada de eso, el cuento prosigue. Como la diferencia de edad entre el sabio y su mujer es notoria, con el paso de los años esta diferencia queda aún mas acusada y él no lo soporta. Inicialmente pretende descubrir algún producto rejuvenecedor pero, como tantos otros, fracasa en el intento. Entonces se le ocurre lo contrario, buscar una pócima que sirva para envejecer al menos superficialmente. Y descubre un suero al que denomina “senilina”, que prueba en un asilo con veinte prostitutas aparentemente jóvenes, pero que tras el tratamiento adquieren síntomas de señoronas ya mayores.

Le explica a su mujer que para la convivencia entre ambos es mejor que ella envejezca algo artificialmente, así lo hace y emprenden un feliz viaje por Inglaterra y Estados Unidos.

Análisis del contenido seudocientífico:

Tal y como está escrita la obra “a secreto agravio, secreta venganza” cualquier lector deduce que el autor o es un científico o conoce muy bien ese mundo. Se trata de una obra con tres personajes (¡el eterno triángulo!), cuya labor se desarrolla fundamentalmente en el laboratorio y que aparece perfectamente descrito con sus componentes: microscopio, placas de cultivo, medios, frascos, etiquetas, sueros... sólo desdice un poco la presencia del diván, pero puede quedar justificada por los merecidos ratos de descanso que podía disfrutar el doctor y que luego sirvió de descanso (es un decir) a los amantes.

Conviene aclarar que en alemán *Forschung* significa *investigación* y Cajal denomina al interprete en realidad Doctor Investigación. Y la investigación está presente de principio a fin: lo que es el trabajo bacteriológico del laboratorio, el afán de publicar, el interés en descubrir nuevas especies durante el viaje de novios, el averiguar si es transmisible el bacilo de la tuberculosis de los animales a los hombres y entre los mismos hombres, el hallazgo de la senilina...

Cajal, una vez más, deja constancia en uno de sus escritos, que para el científico, para el investigador, debe ser inherente el anhelo de gloria, el deseo de que sus trabajos sean publicados, reconocidos y a ser posible, admirados. Y puede llegar hasta el límite de fraguar una venganza, sobre la base de una experiencia, y llegar a publicar los resultados.

Uno de los pasajes que más gracia puede hacer a los científicos es el siguiente, que se corresponde a la carta que escribe el Doctor a Emma cuando va a ir a visitarla tras su arrepentimiento; dice así “Mi querida y extraviada esposa: disculpo tus debilidades, de las que me reconozco un poco responsable. Olvidé que el cerebro es un centro reflejo, y el albedrío, un radiómetro que se cree libre porque no ve la luz. Debía haber cuidado de tus impresiones y compartido equitativamente mi sensibilidad entre mis dos ídolos: la ciencia y tú, o, por mejor decir, tú y la ciencia, y aun cometer de cuando en cuando alguna infidelidad al segundo para evitar las represalias del primero. Tus claros ojos valían algo más que el ocular del microscopio, y tus pestañas merecían observación mas atenta y ahincada que todos los bacilos y los espirilos de mis cultivos”.

Desde el punto de vista científico, Don Santiago hace también un

minucioso estudio de las fases que sigue en su búsqueda del elixir “anti-juventud” el Dr. Forschung: “desentrañó la composición morfológica y química del tegumento de los decrépitos; determinó las causas próximas a la calvicie y canicie, de la flojedad elástica del rostro, generadora de arrugas, de la atropía de glándulas y panículo adiposo. Y burla burlando, nuestro sabio, habilísimo en el manejo de los cubiletes de la química, logró extraer de la piel y tejidos internos de perros seniles, gatos y caballos avejentados y caducos, un principio (semejante al encontrado en los órganos de los hombres centenarios) susceptible, a pequeñas dosis, de atrofiar las glándulas cutáneas, de decolorar el cabello y fruncir la piel”. A este principio de virtudes *antitegmentarias*, el sabio lo denominó “senilina”.

El propio Cajal cuando va a terminar este cuento, toma protagonismo y escribe “deseo satisfacer una legítima curiosidad del lector, el cual, si es un poco aficionado a la industria, sentirá comezón por averiguar cuál fue la suerte científica y comercial de la famosa *senilina*. A priori, parece que una panacea contra la juventud sea un mal negocio”. Y entonces hace como que escribe al Doctor Forschung para interesarse acerca del porvenir económico del extravagante remedio. En su respuesta éste le informa que el remedio es una nueva senilina modificada mediante la adición de extracto de cerebro senil y otras cosas mas, por lo que debería llamarse *antifreniatina*, y tendría un espléndido porvenir. Le informa de que es un gran moderador de los impulsos criminales y un maravilloso sedante de la voluntad. Y concreta “en los locos furiosos, cinco gotas cada semana hacen inútil la coacción de la camisa de fuerza, y dos gotas diarias determinan en sanos y enfermos la abulia mas completa. En realidad el nuevo producto obra envejeciendo los centros nerviosos; es decir, trayéndolos a la situación de inercia mental, torpeza de memoria, frialdad emotiva y misonerismo característico de la caducidad; todo ello sin perjuicio de la pujanza de músculos y vísceras, que se mantienen en estado juvenil”.

El doctor le sigue dando razones sobre los diferentes efectos y le indica que ya algunos sociólogos individualistas comenzaron a ensayar la senilina contra la creciente amenaza del socialismo y el anarquismo, obteniendo resultados alentadores. Muy dura en mi opinión es la parte en que, refiriéndose a los políticos, les atribuye un gran interés por el poder pacifista de la droga, para refrenar y apagar las rebeldías de las muchedumbres hambrientas, destruyendo así la originalidad peligrosa del pensamiento y el afán de novedades filosóficas y políticas.

Cajal concluye este cuento con un latigazo satírico, muy suyo, exclamando: “¡Dios mío! ¿Será cierto que los estadistas españoles han fiado el orden social a los efectos salvadores de la *senilina*? Señales hay de este definitivo deshaucio del alma nacional...”

El fabricante de honradez:

En éste su segundo cuento seudocientífico, Cajal inicia sin mas preámbulos la presentación del protagonista de la siguiente manera: “El doctor Alejandro Mirahonda, español educado en Alemania y Francia, doctor en Medicina y Filosofía por la Universidad de Leipzig, discípulo predilecto de los sabios hipnólogos doctores Bernheim y Forel, solicitó y obtuvo, de vuelta a su patria, la titular de la histórica, levantisca y desacreditada ciudad de Villabronca, donde se propuso ejercer su profesión y desarrollar de pasada un pensamiento que hacía tiempo le escarabajaba en el cerebro”.

Inmediatamente pasa Don Santiago a aclarar que según que profesiones el porte ayuda y añade... “comencemos por declarar que hay ministerios tan elevados y solemnes que no pueden realizarse con un físico cualquiera. Un cirujano aspirante a la celebridad debe tener algo de atleta, de guerrero y de inquisidor. Al comadrón le caen pintiparadas manos suaves, afiladas y femeniles, estatura liliputiense y carácter untuoso y apacible. Pero el médico alienista metido a sugestionador fracasará como le falten el solemne coranvovis del profeta y la barba y ojazos de un Cristo bizantino”. Todo esto no lo escribe Cajal gratuitamente, sabe lo que se trae entre manos; no olvidemos que el propio Cajal se interesó por la psicopatología e incluso practicó el hipnotismo, durante su estancia en Valencia (1884-86), fechas en las que escribió los cuentos.

El Dr. Mirahonda llega al pueblo con su esposa, una hermosa y rica alemana. El pueblo, haciendo honor a su nombre tiene fama de poco acogedor, conflictivo, bronco, indisciplinado y casi salvaje en algunas de sus costumbres. Así lo quiere el nuevo Doctor, ya que su proyecto es desarrollar una teoría hipnopedagógica y ese pueblo reúne las condiciones ideales. En un primer momento se sabe ganar a todos los ciudadanos uno a uno, gracias a su aspecto, su forma de hablar, de mirar, de preocuparse por los demás, de dar charlas en el casino, de atender en su consulta gratis a

determinadas señoras... Una vez ganada la confianza, Mirahonda propone al pueblo que dadas sus incontables fogosidades sería mejor que se inyectasen una vacuna, ideada por él, de efectos sedantes, que frenaría los apetitos descontrolados. Cierta día convocó a las personas más importantes del pueblo en el casino y anunció con voz entrecortada por la emoción que acababa de descubrir, por un azar felicísimo de laboratorio, un suero de maravillosas virtudes. “Este suero, decía el doctor, o dígase antitoxina, goza de la singular propiedad de moderar la actividad de los centros nerviosos donde residen las pasiones antisociales: holganza, rebeldía, instintos criminales, lascivia, etc. Al mismo tiempo exalta y vivifica notablemente las imágenes de la virtud y apaga las tentadoras evocaciones del vicio...”

El pueblo aceptó, aunque no de buen grado y mostrando su disconformidad con la propuesta. El llamado grupo de “intelectuales” del pueblo estaba constituido por el empresario de recreos del casino, un contratista de carreteras aprovechado, un comandante retirado por no ir a ultramar, dos estudiantes legistas suspensos a perpetuidad y un abogadete sin pleitos y entre todos ellos publicaban un semanario titulado *El Cimbal de Villabronca*. En sus páginas aparecieron artículos acerca de la ilegitimidad de las medidas clínicas, la vulneración de los derechos de los ciudadanos, etc. Los autores de estos artículos estaban azuzados por los dueños de las tumbas, tabernas y casas de lenocinio, cuyos industriales recelaron, no sin lógica, una considerable baja en sus vergonzosos negocios si prevalecían los proyectos de Mirahonda. Pero finalmente el pueblo accedió a la toma de la pócima y una paz hipnótica se apoderó de él y lo convirtió en un lugar carente de toda pasión, maldad, disturbio, desorden, tal y como si fuese un cementerio o el cielo, al pensar de algunos.

Pasaron cinco meses al cabo de los cuales algunos ciudadanos ya mostraban cansancio de tanta paz celestial y empezaban a sentir nostalgia de los tiempos pasados, pero fueron aguantando hasta que pasó año y medio de la famosa vacunación. Se nombró una Comisión que intercediese ante el Doctor Mirahonda para que deshiciese aquel angustioso encanto y redactaron un escrito rematado con el siguiente párrafo, henchido de calurosa sinceridad: “Moveos a compasión. Apartad de nuestras almas esas odiosas antojeras que no nos permiten contemplar sino el recto y polvoriento camino del deber. Poned en los adormecidos ojos de nuestras mujeres un poco de gracia y de lascivia. Haced agradable la vida amenizándo-

la con la envidia, los celos, la vanidad y la soberbia la insolencia y el crimen. Devolvednos el dolor, estímulo de la ciencia y acicate del progreso...”

Ante tan universal súplica, el Doctor les explica que casualmente ha encontrado una cierta sustancia que denomina *contraantitoxina pasional* que neutraliza por completo el efecto de la vacuna previa. Les advierte eso sí, que con el nuevo producto las pasiones van a aparecer aún con más fuerza y que los instintos sufrirán el descontrol de antaño. Le quitan el remedio de las manos, pero lo que no les ha advertido es que se trata simplemente de agua destilada. La demanda del misterioso licor fue tal que se vendía en garrafas de distintos tamaños, botellas, matraces... y se tuvo que instalar una expendeduría protegida por los guardias. Escribe Cajal “en procesión interminable desfilaron ante ella los fervorosos devotos de Baco, de Venus y de Mercurio. En bandadas y atropellándose acudían las mujeres, y pudo verse cómo la esposa del registrador, la del síndico y muchas señoritas tan distinguidas como desocupadas forzaban la dosis bebiendo, en su sed de pecar, no a copas, sino a vasos”.

Los relatos de los efectos de este “fármaco milagroso” son a mi modo de ver de lo mas gracioso que escribió Cajal (lamentablemente no dispongo de tiempo para contárselos, pero les ruego una vez mas que lo lean, porque pasaran un rato muy agradable y descubrirán la faceta del humor en Cajal que pocos conocen).

Aquella locura que se apoderó de Villabronca se iba haciendo tan agresiva y amenazadora, que el doctor Mirahonda, temiendo un serio disgusto, huyó a uña de caballo, llevándose consigo a su mujer, salvados los mas importantes efectos e instrumentos científicos.

Meses después se permitió escribir una Memoria con destino a la revista *Zeitschrift für Hipnotismus*, de Berlín, en donde a modo de conclusiones hacía unas declaraciones de lo mas interesantes y concluía con el siguiente párrafo (digno de reflexionar sobre él): “En resumen: mientras el animal humano sea tan vario y comparta las pasiones de la mas baja animalidad, será necesaria, para que el desorden no dañe al progreso, la sugestión política y moral; mas esta sugestión ni deberá ser tan débil que no refrene y contenga a los pobres de espíritu y salvajes de voluntad, ni tan enérgica e imperativa (cual lo sería la sugestión hipnótica) que menosca-

be y comprima en lo más mínimo la personalidad ética e intelectual de los impulsores de la civilización”.

Análisis del contenido pseudocientífico:

En éste cuento Don Santiago Ramón y Cajal hace gala de una capacidad descriptiva, que conocíamos en sus trabajos científicos pero no en los literarios. Ya en las primeras páginas describe de tal manera al hipnólogo Doctor Mirahonda (repárese en el nombrecito) que casi parece que nos está hipnotizando: “Afortunadamente, en el Doctor Alejandro Mirahonda casaban maravillosamente la figura y la profesión. Poseía aventajada estatura, cabeza grande y melnuda, donde se alojaban pilas nerviosas de gran capacidad y tensión, barbas tempestuosas de apóstol iracundo, ojos enormes, negrísimos, de mirar irresistible y escudriñador, y de cuyas pupilas parecían salir cataratas de magnéticos efluvios. Eran sus cejas gruesas, largas, movibles, serpenteantes, parecían dotadas de vida autónoma: diríase que, al fruncirse con expresión de suprema autoridad, amarraban entre sus pliegues al interlocutor, fascinándolo y reduciéndolo a la impotencia. Tenía además voz corpulenta, con honores de rugido, que sabía domar, transformándola, según las circunstancias, en música suave, dulcísima y acariciadora; y labios carnosos, bien proporcionados, de ordinario inmóviles, para dar, por acción de contraste, mayor eficacia a la expresión de los ojos y a los relámpagos del pensamiento y para imitar también la augusta y misteriosa quietud de la estatua de Apolo en Delfos”.

Le atribuye también Cajal una inmensa capacidad de convicción mediante el uso de su palabra y la fuerza de su mirada y lo describe así: “para él imponer ideas o suprimir las existentes en las cabezas dóciles; causar en las histéricas y aun en personas sanas y en estado viril alucinaciones negativas y positivas, metamorfosis y disociaciones de la personalidad, fenómenos motores y sensitivos... en fin: cuantos estupendos milagros se atribuyen a santos y magnetizadores... era cosa de juego. Bastábale para ello una mirada impetuosa o una orden verbal.”

Pero aún añade otras cualidades nuestro autor al Doctor Mirahonda, por ejemplo su capacidad seductora del sexo femenino y en uno de los párrafos podemos leer “la admiración contenida y respetuosa en las señoritas honestas adoptó en algunas casadas ardientes y Magdalenas sin arre-

pentir tonos poco decorosos y actitudes harto provocativas... Una de las más atrevidas y propasadas con el doctor fue la esposa del registrador, graciosa morena que se aburría y marchitaba entre escrituras y mamotretos; mas nuestro sabio, fiel a su principio de que el fascinador no debe nunca ser fascinado, sopena de perder todos sus prestigios, cerró los ojos y los oídos ante aquella ola amenazadora de amor pecaminoso". La señora del registrador debía ser de armas tomar, pues cuando se empieza aplicar el remedio contra las voluptuosidades, ella es de las menos propicias a su toma y es el marido el que la obliga e incluso sospecho que la diría "tú hermosa toma doble ración, a ver si te calmas".

Esta idea de Cajal de poner en las mujeres, algunos de los llamados apetitos desordenados, vuelve a manifestarse cuando pasan a tomar el antídoto de la tranquilidad y señala: "para que se forme idea del desenfreno y relajación reinantes, citaremos algunos ejemplos: la esposa del síndico, sorda durante un año a la tentadora sugestión del capitán, se abandonó al impudor con tal descoco, que la intriga fue rápidamente descubierta y el candoroso marido se vio en la necesidad de encerrar a su liviana mitad en un convento de arrepentidas. A su vez, desfallecida de amor y de impaciencia, la casquivana esposa del registrador escribió a Mirahonda ardiente y voluptuosa carta pidiéndole una cita. Con general sorpresa se supo que la casera del cura, robusta y frescachona aldeana, se había escapado con el sacristán, quien, para reparar la fuga y ponerse a buen recaudo, limpió en una hora los cepillos de las ánimas, vendió de una vez el aceite de las lámparas y arrebató inestimables joyas largamente codiciadas".

Precisamente esta referencia al cura y al sacristán, me llevan de la mano a las consideraciones religiosas que en este cuento de "El fabricante de Honradez" pone de manifiesto Cajal. Cuando Villabronca estaba en plena vorágine, señala "que a despecho de los sermones del párroco". Pero resulta curioso y merece nuestro análisis el papel que Don Santiago le concede al párroco cuando van pasando los días y el pueblo no sale de su somnolencia y beatitud. Es entonces cuando escribe "Pero quien con mas arrogancia y celo rompió lanzas contra la novísima panacea psicológica fue el padre de las almas. En sermones atestados de latines, de lugares de los santos padres y de apotegmas de filosofía moral, intentó probar que las famosas experiencias del médico eran artimañas y tentaciones del demonio, comparables en el fondo a las manipulaciones y experimentos de magnetizadores y espiritistas. Y añadía que, aun en el supuesto caso de que en la

producción de tan insólitos fenómenos no tuviera Lucifer arte ni parte, siempre resultaría incuestionable que el famoso suero obraba directa y selectivamente sobre las misteriosas fuentes del libre albedrío, restringiendo, por consiguiente, el cauce de la libertad moral y haciendo, por ende, punto menos que ilusoria la responsabilidad civil y el mérito y demérito de las acciones”.

Y nuestro admirado Don Santiago con toda dureza añade: “Pero nosotros, rindiendo culto a la verdad, diremos que la verdadera razón, no confesada, de esta inquina sacerdotal, era que el fervoroso varón se sentía humillado y molesto al ver como un mediquillo advenedizo, ayuno en Teología y sagrados cánones, se intrusaba descaradamente en los dominios espirituales, tirando a inutilizar una de las altas y transcendentales funciones de su augusto ministerio: la purificación de las conciencias y la enmienda de vicios y pecados”.

Aparecen en el relato varios motivos de enfrentamiento entre el sacerdote y el médico y uno de ellos es que... “el doctor Mirahonda era el autor de un célebre libro titulado *La sugestion religieuse et politique*, en el cual presentaba a los sacerdotes como sugestionadores de absurdos dogmas y de prácticas fetichistas groseras, para cuya imposición recurrían, entre otros medios auxiliares, al terror del infierno, a los delirios de la gloria, a la fastuosidad del culto, a la misteriosa penumbra de la iglesia, a la monotonía adormecedora del rito y a los lánguidos acordes del órgano”. Mi opinión personal, tras la lectura de este paraje y otros parecidos es que Don Santiago no era precisamente un gran admirador del clero. Sin embargo, me consta de su excelente amistad, durante su estancia en Valencia, con el sacerdote Padre Vincent con quien discutía de temas científicos dado el común interés naturalista.

Tampoco trata nuestro admirado Premio Nobel al poder político con excesiva delicadeza. Observen lo que escribe en el siguiente párrafo: “Los hombres de orden, o, por mejor decir, los que viven del orden, comenzaron a trinar contra un estado de cosas que amenazaba, según ellos, conmover los cimientos de la sociedad y la estabilidad de sus estómagos. Lamentaban los caciques, así republicanos como monárquicos, de la indiferencia de las masas, y entreveían, llenos de pavor, días aciagos en que ellos los paternales y previsores caudillos del pueblo tendrían que trabajar para comer. Sin vicios y sin malas pasiones, con salud, economía y traba-

jo, ¿qué les importaba a los villabronquenses de credos políticos salvadores y panaceas sociológicas infalibles?”

“Desolado y echando pestes de Mirahonda recorrió el diputado del distrito figones y tabernas, fábricas y campiñas. Según costumbre no anduvo parco en promesas: supresión de las quintas, abolición del impuesto de consumos, construcción de no sé cuantos puentes, carreteras y pantanos...; pero nadie le hizo caso. ¡Aquello era horrible!”

Cajal nos demuestra una vez más, su conocimiento de las masas y como son de manipulables. Cuando Mirahonda está recién llegado al pueblo y trata de convencer a todos de la eficacia de su producto, recurre a los siguientes métodos: “Además, Mirahonda, sabedor del origen y finalidad de ciertas campañas, subvencionó con fuerte suma a *El Cimbal de Villabronca* cuyos desahogados intelectuales pasáronse con armas y bagajes al bando contrario, convirtiéndose en lo sucesivo en tornavoces de los éxitos del doctor y en eficacísimos auxiliares de sus regeneradoras campañas; hizo, *sotto voce*, donación de algunos miles de pesetas al Comité anarquista local a título de generosa contribución al *fondo de huelgas*, y en fin, no olvidó a la iglesia, de cuya inversión y reparto quedó exclusivamente encargado, con facultades omnímodas, el celoso pastor de almas. Con estas y otras habilidades, si no consiguió persuadir enteramente a los recalcitrantes, logró hacerlos callar, que era cuanto Mirahonda deseaba”.

Pero independientemente de estos pequeños sobornos, el hipnotizador sabe bien de la importancia de la puesta en escena. Vemos como fue la actuación el día en que se procedió a la vacunación general contra los malos deseos y las peores obras: “la mesa con los instrumentos antisépticos, las jeringuillas de Parvas, la misteriosa redoma en donde se guardaba el filtro mágico, un biombo chinesco destinado a resguardar de las miradas profanas los brazos de las damas extremadamente pudibundas, vendajes y otros medios auxiliares de las curas para la eventualidad poco probable de ligera hemorragia o excesivo escozor. Nada escapó a la previsión de Mirahonda, quien para fortalecer la acción sugestiva del experimento psicológico, pidió y logró que éste se verificase en el salón de las casas consistoriales, bajo la presidencia del alcalde, el párroco y las personas distinguidas de la villa. Y como para mover la voluntad no está nunca de más alegrar un poco el estómago, cierto acreditado repostero de Madrid, llamado expresamente al efecto, dispuso en las oficinas de la Secretaría, ane-

xas al salón de la vacunación, un bien servido y espléndido *lunch*. Por último, de amenizar los entreactos se encargó la charanga del Hospicio, ejecutando trozos escogidos de música grave, solemne, monótona y adormecedora...”

En éste cuento de “El fabricante de honradez”, al igual que en el anterior y en otros posteriores, Cajal nos descubre parte de sus pensamientos filosóficos. Cuando el doctor Mirahonda escribe al final su Memoria dice textualmente: “Soy incapaz, empero, de disimular una torturante duda que me asalta. Demuestran mis experiencias la posibilidad de abolir la delincuencia y de imponer, sin luchas, ni protestas, resignación a la miseria y al trabajo y robusta disciplina social. Mas semejante estado de cosas ¿es conveniente al progreso? ¿Estamos seguros de que la finalidad de la raza humana consiste en vegetar indefinidamente en el sosiego y la mediocridad?... La supresión del mal, ¿no implicaría quizá el mayor de los males?”.

El mal, según Cajal, no es un castigo, es el estímulo y el impulso imprescindible para el progreso de la civilización. Cuando un pueblo cae en la atonía, cuando carece de voluntad de superación, se convierte en un pueblo sin vida, muerto. Los pueblos han de ser libres, dueños de su libertad y del uso de esa libertad pueden derivarse algunos males, pero también los motores que dan lugar a héroes, sabios y santos.

La Casa Maldita:

En los dos primeros cuentos, hemòs podido comprobar como el mensaje de fondo por parte de Cajal es sobre el mal en sí: reflejado en el adulterio, en el caso de “A secreto agravio secreta venganza”, y en el desquiciamiento popular en el caso de “El fabricante de honradez”. En este tercer cuento, aunque encontraremos aspectos comunes que comentaremos, bajo mi punto de vista Cajal pretende hacer una apología de la voluntad. El tema de la voluntad es un tema muy recurrente en él y no olvidemos que su obra literaria-científica más importante son “Los Tónicos de la Voluntad”. Si como dice el dicho popular *la” fe mueve montañas*” en un dicho cajaliano sería *la” fe arrastra montañas.*”

El argumento es sencillo: el joven Julián acaba su carrera de Medicina y con el fin de hacer fortuna marcha a Méjico donde trabaja durante una

serie de años y logra ahorrar, según él “unos miserables doscientos mil duros” que está dispuesto a poner a los pies de su querida prima y queridísima novia Inés, que quedó en España aguardando su regreso. Y ha llegado el momento del regreso, lo que le anuncia por carta, recibida y leída con emoción por toda la familia de Inés particularmente por “Don Tomás, mayorazgo de regular patrimonio, con solar blasonado en Rivalta y fama de linajudo y honrado en toda la comarca.”

Tal y como describe Julián el viaje se las traía: “en las postrimerías de junio llegaré a Nueva York por el ferrocarril de San Francisco; a seguida me embarcaré en el vapor *Bourgogne*; tocaré en El Havre sobre el 9 ó 10 de julio, y después de pasar unos días en París tendré el supremo deleite de volverte a ver”.

Pero el destino envidioso de la suerte de los buenos hizo que el *Bourgogne* sufriese un terrible choque con un vapor mercante en alta mar. Primero fue el temor por la muerte de Julián o su desaparición en medio del Atlántico, mas tarde la confirmación de su salvamento. Julián seguía vivo, pero la mayoría de su fortuna quedaba en el fondo del mar.

Cuando finalmente llegó a los brazos de Inés todo parecía mentira y era todo pura alegría. Pero a los pocos días del accidentado regreso, los padres de Inés pensaron (sobre todo la madre) que resultaba un pobre pretendiente para lo que su hija merecía. Así se lo hicieron saber y “Julián cayó en profundo abatimiento”. Contaba entonces con treinta y ocho años, siete más que Inés. “Pero Julián no era de esos hombres que se abaten fácilmente. Templado para las grandes empresas, tenía inquebrantable fe en los milagros de la voluntad”. Estando en sus disquisiciones sobre cómo salir de su estado, dando un día un paseo por el campo llega a la siguiente conclusión (que a mí personalmente me hace pensar y actuar en consecuencia): “sólo hay en el mundo dos realidades serias, transcendentales, dignas de preocupar a los espíritus fuertes: luchar para vivir y vivir para amar. Luchemos, pues, con ánimo valeroso y amemos con fortaleza, puesto que la Naturaleza, nuestra madre, así lo quiere...”.

Una tarde de abril caminando por la serpenteante carretera, que siguiendo la orilla del mar, enlaza Rivalta con Villaencumbada, descubre una fabulosa finca que tanto por su edificio como por sus jardines y campos da sensación de totalmente abandonada.

La finca en sí era una maravilla, por sus vistas, sus prados, su arbolado, sus edificaciones. Asombrado de tal situación le preguntó a un labriego acerca de la causa de tal abandono. El labriego se extrañó de que no hubiese oído hablar de “La Casa Maldita”, como era llamada, ya que tanto sus sucesivos dueños, como los diferentes animales de la misma: vacas, caballos, gallinas..., en menos de un año de habitarla morían. Además, por las noches se oían gemidos, ruidos de cadenas, lamentaciones e incluso habían observado manchas de sangre en diversos lugares... Todo ello le pareció absurdo a Julián y es más vio en aquella finca el desafío para todos sus proyectos de futuro. Se interesó por los distintos propietarios hasta llegar a la actual, una desconsolada viuda que por el módico precio de mil quinientas pesetas cerró el trato (en realidad la finca valía mas de setenta mil duros).

Nada más adquirir la propiedad, se dispone a montar un pequeño laboratorio y empieza por analizar las tierras y las aguas. Sus análisis dan pronto los frutos esperados y las pistas sobre las enfermedades e infecciones de las que morían los hombres y animales que habitaban aquellas tierras. Los primeros propietarios fueron unos ingleses, que sin duda alguna habían traído de las Antillas, el paludismo a consecuencia del cual murieron. Pero no sólo eso sino que debido a la abundancia de charcas los *Anopheles* constituyeron un foco permanente. Los análisis de las aguas le aportaron la evidencia de la existencia en ellas del *Bacillus coli communis*, el terrible bacilo responsable del tífus. En una carta que escribe a su prometida, dando cuenta de sus investigaciones y las causas de los males, dice: “las vacas, caballos y carneros sucumbieron a los efectos de la *bacera* o mal del bazo, afección contraída por haber pastado en un prado contaminado, en donde, según informes recogidos fueron en otro tiempo enterradas caballerías muertas de la referida epizootia. Ensayada la tierra superficial de dicho prado en los conejos, han perecido éstos con los síntomas más característicos del mal del bazo o fiebre carbuncal”.

De inmediato puso manos a la obra y acometió la empresa de un saneamiento integral de todo el territorio mediante, el fuego, el petróleo, desinfectantes... todo ello con la ayuda de obreros procedentes de Galicia y Castilla, pues los de la zona se negaban por miedo. Igualmente arregló la casa, a la que bautizó con el nombre de Villa Inés y en donde instaló un laboratorio. Las gentes del pueblo no daban crédito, el ganado pastaba en las praderas y engordaba día a día. Don Julián con su trabajo y la vida al aire libre adquirió un saludable aspecto, que valoraba más que nadie su

querida Inés. Incluso logró inicialmente los servicios de una cocinera sorda, que seguramente debido a su defecto no había oído hablar de La Casa Maldita.

Pero he aquí que un mal día aparece de nuevo la desgracia. Dando un paseo a caballo por sus posesiones Julián se cae del caballo y se fractura la clavícula. Se ve entonces obligado a dejar de escribir a su amor y ella se consume ante la falta de noticias. Con la decisión de toda mujer enamorada Inés una noche deja su casa y se adentra en La Casa Maldita. La descripción de los distintos pasos que el amor va dando entre la pareja, tal y cómo los describe Don Santiago son antológicos y, una vez más, recorro a su recomendación.

Lo que acontece a continuación no lo espera nadie, ni la propia Inés por supuesto “En el instante mismo en que el augusto silencio de la noche fue brutalmente turbado por aquél ósculo fragoroso, épico, síntesis de todos los besos celulares, un relámpago deslumbrador y violáceo rasgó súbitamente el ambiente de la estancia, envolvió en cárdenos destellos a la gentil pareja y saliendo por las entreabiertas ventanas, iluminó, con pálidos y misteriosos reflejos, bosques, caseríos y montañas”.

Al darse cuenta Julián de la impresión de su novia le hace saber que lo había preparado todo para que el beso quedase inmortalizado “en una inocente fotografía a la luz del magnesio”. Julián como Cajal hace gala de su enorme afición fotográfica.

Pero no queda ahí la cosa; el resplandor, la ráfaga luminosa, ha sido vista por algunos lugareños y de nuevo vuelven las habladurías acerca del encantamiento de la vivienda. En la botica se forma una tertulia extraordinaria en la que intervienen Don José, el cirujano, Allan Kardec el espiritista, Ramascón, viejo capitán de navío y distinguido naturalista, Don Timoteo, el carlistón, y algunos dueños de fábricas de pescado en conserva. Tras exponer y reiterar cada uno sus diferentes puntos de vista el boticario les advierte que ya es tarde y ya han disparatado bastante. Al día siguiente cada uno volvió a su labor habitual y escribe Don Santiago: “Desgraciadamente para la causa de la verdad el *homo sapiens* sólo filosofa a ratos perdidos”.

Trascurrieron algunos años y la realidad se fue imponiendo. La prosperidad de nuestro protagonista y su hacienda iba en aumento, como si

sobre sus fincas hubiese caído la bendición del Cielo. Es más, hasta se llegó a descubrir y explotar una mina de hierro. Es decir que ya no le parecía tan mal a Don Tomás, padre de Inés, que ambos contrajesen matrimonio lo que tranquilizó enormemente a Julián que se había visto obligado a fin de calmar un poco sus sobresaltados nervios, al tan acreditado bromuro de potasio ...

Y se casaron, fueron felices, y tuvieron fuertes e inteligentes hijos..., y llegó la tierna pareja a la ancianidad. Inés murió pronto, los hijos siguió cada uno un camino, y Julián, decrepito y solitario, abrió su álbum de fotos, miraba la foto de la noche del beso y exclamaba “¡Sí, la vida es buena y la felicidad existe... sólo que ... duran tan poco!”

Análisis del contenido seudocientífico:

Para mí este cuento de La Casa Maldita, lo que pretende es lanzar un mensaje de la importancia enorme de la voluntad y del trabajo para superar cualquier situación por penosa que sea. La Casa Maldita podría ser la imagen de una España derruida, en horas bajas, y que está esperando del esfuerzo común de todos los españoles para convertirse en un país de primera línea. Cajal hace un llamamiento a la utilización de la ciencia como remedio de los males.

Otra vez en los cuentos Cajal toma como protagonista a un hombre de ciencia, a un médico que en sus tiempos de estancia en Méjico es definido así por Don Santiago: “lector incansable, observador concienzudo y cabeza moderna, no se contentaba con la mera exploración sintomatológica de los enfermos: afinaba mas delicadamente la puntería diagnóstica y pronóstica, para lo cual apelaba de continuo al microscopio y a la química. Y así, contra el hábito secular de las razas meridionales, empeñadas en resolver con discursos todos los problemas de la vida, nuestro doctor instaló en su casa un magnífico laboratorio de análisis bacteriológicos, histológicos y químicos; reunió en la biblioteca las principales revistas científicas del mundo y se entregó fervorosamente a profundas y luminosas investigaciones sobre la etiología de las enfermedades infecciosas de los países cálidos”.

Cajal atribuye a Julián “voluntad firme, entendimiento claro y positi-

vo”. Julián vio desde el primer momento en el asunto de la Casa Maldita que las desgracias a las que debía la abandonada finca su fúnebre celebridad eran simple consecuencia de condiciones naturales del terreno y del ambiente, fáciles de desterrar con un poco de ciencia y de buena voluntad.

Como su novia Inés proseguía en sus miedos, Julián le escribió una extensa carta haciéndola ver que no había motivos extranaturales que hiciesen de la hacienda una fuente de desdichas. Don Santiago escribe “transcribiremos únicamente algunos párrafos que interesarán a los lectores, así por su sabor científico como por esclarecer puntos oscuros de la presente historia”. Y entresaca los siguientes: “Ahora bien: de mis estudios sobre el terreno resulta que del trágico fin de los palúdicos son responsables unas charcas próximas a la ría, vivero de ciertos mosquitos, los terribles *Anopheles claviger*, cuyas picaduras inoculan en la sangre el parásito de la malaria. Puesto que el paludismo es rarísimo en estos climas, tengo por sumamente verosímil, que el foco de infección puramente local, aquí creado, fue importado por la familia inglesa recién llegada de las Antillas y fundadora, como sabes, de la Casa Maldita”. Y añade en el siguiente párrafo: “en tiempos poco alejados de nosotros el mecanismo de semejante importación constituía impenetrable misterio; pero hoy, merced a los trabajos de Ross, y sobre todo de Gras y demás ilustres sabios de la escuela italiana, se sabe que un palúdico arribado a una comarca salubre puede infectar los mosquitos de la localidad, dando ocasión por consiguiente, supuestas condiciones favorables del medio cósmico (existencia de charcas persistentes, abundancia de *Anopheles*, calor suficiente, etc...) a la formación de un foco malárico perenne.”

Y luego añade otro párrafo acerca del bacilo del tifus, también con una gran capacidad descriptiva del medio y los focos infectivos causantes de la fiebre tifoidea.

Una vez saneados los campos y puesta la granja en próspera explotación, nuestro protagonista, que indudablemente era hombre de ideas, puso además en explotación algunas industrias auxiliares “tales como la fabricación de queso y sidra y la molienda de granos, para lo que habilitó un azud y molino arruinados, y aun llegó a planear, dejando su realización para más adelante, magnífica fábrica de luz eléctrica movida con turbina”. Es decir, Cajal no repara en detalles para demostrarnos que se trata de un hombre de ciencia con sentido práctico y muy trabajador.

En este cuento cajaliano de la Casa Maldita, lo que a mi modo de ver logra una altura literaria-científica inigualable, son las descripciones de las pautas amorosas seguidas por la pareja la noche en que Inés, a la una de la madrugada, va a ver a su querido Julián tras más de veinte días de ausencia. El propio Cajal reconoce que en los libros místicos de Fray Luis de Granada, de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, es posible encontrar una gama del lenguaje sentimental, lo bastante rico para traducir los sublimes y sobrehumanos arrobos de la carne exaltada por el amor. Y se lamenta don Santiago de que su desmayada pluma sea incapaz de expresar ese idioma del fuego y reconoce “pues somos médicos, aunque modestos, séanos permitido usar aquí (por ser el único que conocemos algo) el desvaído e incoloro estilo de las descripciones fisiológicas”.

Y comienza la narración primero indicando el protagonismo de lo verbal, para pasar a lo visual y llegar a lo táctil. Describe así lo acontecido “pero a su vez se agotaba la eficacia expresiva del contacto. La recia epidermis de las manos alejaba todavía demasiado las almas. Imponíase urgentemente un contacto más íntimo, un verdadero engranaje nervioso a través de cutículas de extrema diafanidad y delgadez. Por momentos cundían la ansiedad y el desasosiego orgánico. En aquel enajenamiento de la carne exasperada de amor, había algo así como ebulliciones de protoplasma fecundo, clamores sordos de células vírgenes de actividad, impulsos centrífugos irresistibles....Diríase que todas las unidades vivientes ciegamente atraídas por sus homónimas contrasexuales pugnaban por acercarse a flor de piel, asomarse a ojos y oídos y saltar, en fin, enloquecidas y frenéticas, el abismo del espacio para fundirse en ósculo eternal con sus hermanas.”

En el párrafo siguiente, tras responsabilizar a las células labiales del colectivo deseo concluye “por fin el cerebro fiel servidor de la comunidad, vistos los antecedentes y leyes para casos análogos establecidos, ordenó a los músculos fisonómicos la ejecución del acuerdo salvador”. Genial, no hay descripción que exprese la pasión amorosa en términos científicos como lo hace don Santiago.

Tras estos párrafos “fisiológicos-celulares”, el propio Cajal reflexiona acerca del amor y concluye “amar... es algo más grande y augusto que poseer a una hembra...: es entrar en comunión espiritual con toda una raza. En las entrañas de la mujer viven y palpitan, con ansia de resurrección,

millones de antepasados que parecen saludarnos e implorar nuestra ayuda desde los remotos confines de la historia. Acerquémonos pues a la amada como a un templo sagrado... y recibamos sus besos con el íntimo recogimiento y fervorosa unción con que elevamos a Dios nuestras plegarias...". Así lo cuenta don Santiago y así se lo cuento yo a ustedes.

El pesimista corregido

El título nos da idea del contenido. Veamos como en el primer párrafo describe Cajal al protagonista: "Juan Fernández, protagonista de esta historia, era un doctor joven, de 28 años, serio, estudioso, no exento de talento, pero harto pesimista y con ribetes de misántropo. Huérfano y sin parientes, vivía concentrado y huraño en compañía de una antigua ama de llaves de su familia."

Como vemos, una vez más don Santiago elige a un médico como protagonista. El pesimismo que demuestra el susodicho, quizás lo podamos justificar si tenemos en cuenta los siguientes ingredientes: en los dos últimos años había perdido a su padre, víctima de la tuberculosis, y a su madre, quien murió de una pulmonía infecciosa. El propio protagonista, nada más fracasar en sus oposiciones a cátedra en Madrid adquiere el tifus y ya para remate su novia de siempre, Elvira, empieza a mostrarse distante y poco cariñosa.

Para que nos hagamos la composición de lugar será suficiente con que no olvidemos que según el Doctor, la Naturaleza le había creado "sin saber por qué ni para qué". Con esta frase ya podemos deducir el ánimo de que disponía el protagonista y las ilusiones con las que contaba.

Un día en el que se encontraba quejándose amargamente al Supremo Hacedor de por qué las cosas son como son y otras disquisiciones, de pronto surgió un trueno acompañado de una luz violácea que inundó su habitación y apareció una figura, a modo de genio de la lámpara de Aladino, que es un venerable anciano de largas barbas, mirada suave y palabra pausada e insinuante. Juan quedó aterrado y no creía lo que veía, pero el genio se le acercó y le tocó para que tuviese constancia de su corporeidad y le habló de la siguiente manera: "no temas y calma las inquietudes y angustias de tu doliente corazón. Soy el numen de la ciencia, destinado por lo Incognoscible a iluminar los entendimientos y endulzar, por suaves grada-

ciones, el triste sino de toda criatura viviente. Muchos son mis nombres: llámame el filósofo, *intuición*; el científico, *casualidad feliz*; el artista, *inspiración*; el mercader y el político, *fortuna*. Soy quien en el laboratorio del sabio o en el retiro del pensador sugiero las ideas fecundas, las experiencias decisivas, las intuiciones felices, las síntesis augustas y triunfadoras”.

Para mí esta aparición y estas denominaciones atribuibles al genio tienen un valor excepcional y reconocamos que a cada uno de nosotros, en algún momento, por corto que haya sido, se nos ha aparecido el anciano venerable de “luengas barbas”.

El genio le expuso a Juan unas cuantas ideas (que luego analizaremos) y le dejó postrado en un profundo letargo. Al despertar, pudo comprobar con asombro lo que el genio le había pronosticado “sus ojos se habían convertido en microscopios”. Y he aquí la descripción que al respecto escribe Cajal: “Sus ojos se habían convertido en microscopios, y no en virtud de alteraciones en la dióptrica ocular (imposibles, por otra parte, sin cambiar la forma y dimensión del aparato visual), sino a causa de la extremada finura de la organización retiniana y vías ópticas y de la exquisita sensibilidad de las sustancias fotogénicas residentes en los corpúsculos visuales. Cada cono o célula impresionable de la *fovea centralis* había sido descompuesta en centenares de sutilísimos filamentos individualmente excitables, y la misma multiplicación de conductores había sobrevenido también en los nervios ópticos y centros visuales del cerebro. En realidad Juan no veía los objetos mas grandes, sino mas detallados...”.

La capacidad de Juan de visualizar todo su entorno cómo si utilizase el microscopio, le permitió ver en el aire que respiramos cantidad de microbios y agentes patógenos que se encuentran en suspensión y que nuestra vista normal no puede observar; en la epidermis de los demás y en la propia observa depresiones, oquedades, racimos vellosos... y no digamos nada en lo relativo a la estructura de los alimentos, por los que llega a sentir verdadero repudio. Fíjense con qué ojos observa y luego describe nuestro protagonista, los elementos básicos nutricionales de la carne: dice “que tiene aspecto de paquetes de lombrices rojas contráctiles”; el tocino “como globos amontonados, llenos de aceite y de cristales radiados”; el pan “es un montón apretado de granos almidonosos fijados en una materia transparente que es el gluten y en el que encontramos pegadas cosas de aspecto inmundo”.

En estos episodios del cuento, Cajal hace gala de sus abundantes conocimientos microscópicos y los sitúa en la actual capacidad de observación de Juan (nuestra recomendación es que todos los interesados lean en el cuento estos pasajes ya que, por su extensión, no es aconsejable su transcripción). Posteriormente hace Cajal un auténtico alegato a favor de la imparcialidad de los microbios patógenos, que no hacen distinciones entre sus víctimas y así cita varios ejemplos: el bacilo de la gripe expulsado por el estornudo de una mujer en la calle, se va a ubicar en las vías respiratorias de cierta dama aristocrática que pasaba por allí; igualmente el estornudo de un anarquista furioso con el pulmón ulcerado, envía el regalo del bacilo de la tuberculosis a un ex ministro y, para remate, nos cuenta como los microbios del pus pasan de los ladrones a los policías y como el germen de la tiña va del pelo de un pordiosero a la cuidada cabellera de una distinguida señorita.

Cierta tarde otoñal, tibia y serena, paseaba Juan por la umbrías alamedas de El Retiro, no lejos de la glorieta del Angel Caído cuando tras, sus habituales depresivas reflexiones, vio de repente a su antiguo amor, la insensible Elvira. Pero he aquí que la vio con nuevos ojos y los ojos de ella eran igualmente distintos, mas ardientes, y de pronto sintió “que una oleada de sangre caliente le inundaba el cerebro”.

El efecto del genio se había pasado ya. Con el retorno de la esperanza, le pareció ahora a Julián que la vida, miserable y todo, merecía la pena ser vivida. Julián volvió a su estado normal pero con menos carga de pesimismo, con una visión más optimista del mundo y de sus componentes, hasta tal punto que se propuso variar radicalmente de conducta; “corregida su conducta, el fruto no se hizo esperar.”

“Ganó por oposición una plaza de la Beneficencia provincial. La clientela, de cada vez mas copiosa, rendíale pingües beneficios. Sus amigos, ahora muy numerosos y sinceros, rodeábale con amor y se hacían lenguas de su bondad, discreción y talento, y hasta de sus simpáticas flaquezas y defectos. Y cómo cerebro y corazón sanos y tranquilos constituyen los mejores tónicos de la nutrición, nuestro desengañado filósofo mejoró también de naturaleza física. Era a la sazón un apuesto mozo de treinta y dos años, alto, fornido, elegante, con aire bondadoso e inteligente”.

Y finalizando el cuento, añade Cajal “...y como frisaba Elvira en los

treinta años y no era cosa de perder el tiempo en transiciones retóricas, visto, además, que Juan se las daba con razón, de ofendido, resolvió la valerosa doncella acortar las distancias y derretir de una vez el hielo con una impetuosa oleada de sangre enardecida”.

El cuento acaba con el siguiente párrafo “Y se casaron, siendo felices. Y cuentan las crónicas que el genio de la especie no tuvo motivo de arrepentirse al contemplar, años después, la hermosa y robusta prole”.

Análisis del contenido pseudocientífico:

En este cuento de “El pesimista corregido” es dónde Cajal da más pruebas de su formación científica en los diversos campos: microscópicos, bacteriológicos, patológicos, fisiológicos... pero al mismo tiempo se muestra filósofo como lo demuestran los razonamientos personales de Juan Fernández. El protagonista todo lo ve mal en su depresión crónica, culpa de todo al Sumo Hacedor y no le gusta el mundo en el que ha nacido y que él no ha elegido. A este respecto, resulta llamativo como él ve sus sentimientos reflejados en las lecturas de autores como Schopenhauer, Hartmann y Gracián, de quienes es adicto.

A los cuatro meses de fracasar en unas oposiciones, escribe un libro de sentido terriblemente pesimista, titulado *Las planchas de la Providencia*, fruto de sus sombrías meditaciones. Al terminarlo decide arrancar las últimas cuartillas y arrojarlas al fuego. Y escribe Cajal “Y con gesto de fiero y soberbio desafío, la mirada llameante y fija en la penumbra del techo, como encarándose con un ser desconocido, exclamó:

“Quienquiera que seas, Motor del Universo, Genio implacable, Principio inaccesible, Naturaleza impasible, dime: ¿por qué has creado los enemigos de la vida, las insidiosas y crueles bacterias patógenas? ¿Qué falta hacían en la economía del mundo? Admito que un Alejandro endiosado y tirano fuera en lo mas esplendoroso de su gloria derribado por el *plasmodium malariae*; comprendo que Napoleón, el furioso degollador de hombres y debelador de pueblos, cayera en Santa Elena con el estómago corroído por los gérmenes aún ignorados del cáncer; me explico que Hegel, el prodigioso sofista que paralizó con la toxina de la idea el análisis filosófico positivo iniciado por Kant, sucumbiera envenenado por el

bacilo vírgula del cólera; paso, en fin, porque el destino de las naciones y la suerte de la civilización misma estén a merced de la picadura de un mosquito o del azaroso vuelo de un esporo; pero ¿por qué escoges también tus víctimas entre los humildes y los buenos? ¿Cómo consientes que las bacterias patógenas siembren veleidosamente la muerte en el taller, templo del trabajo regenerador; en el laboratorio, santuario de la ciencia y augusto locutorio de la divinidad, y en el surco fecundo dónde el labrador, mágico inconsciente de prodigiosa alquimia, cuaja el rayo de sol para que fulgure un día en el cerebro del genio?"

Cuando el sabio de largas barbas se le aparece, entona un monólogo que no tiene desperdicio, del que entresaco algunas reflexiones en donde se refleja el pensamiento cajaliano. Veamos una relativa al origen del Universo: "En el principio, el sublime Artista dispuso la tela y los colores, animó los pinceles y dejó que el cuadro mágico del Universo se dibujara por sí solo. Y del color negro, esto es, del dolor, puso la cantidad estrictamente precisa para estimular el pensamiento y la acción y contrapesar y hacer codiciable el placer. Y en tanto que la excelsa obra se acaba y surgen del caos del lienzo el maravilloso Edén (que vuestras cándidas biblias pusieron en el principio del mundo) y los seres supraespirituales y alados destinados a gozarlo y comprenderlo, el augusto Pintor cifra sus glorias en contemplar cómo cada nueva forma aparecida en el fondo de la inacabable tela confirma las previsiones de la soberana Inteligencia."

Y también resulta sorprendente la respuesta del longevo ante la pregunta de Juan Fernández sobre el papel de las bacterias y responde así: "ésas bacterias, tan abominadas por ti, desempeñan trascendental misión en la economía de la Naturaleza. Ellas hacen desaparecer los despojos de plantas y animales, devolviendo al ambiente el lote de oxígeno, carbono y nitrógeno secuestrado por la materia orgánica. Merced a su capacidad para vegetar en los organismos débiles y degenerados, corrigen la disonancia, imperfección o incongruencia de las formas superiores y evitan, por ende, que la evolución animal se pierda en la degradación y en la impotencia." Con relación a éste párrafo bien podemos decir que estamos ante una auténtica predicción de lo que hoy día llamamos depuración biológica.

La capacidad de poder observar permanentemente como si fuese a través de un microscopio, le fue ahondando en su pesimismo al ver la enorme cantidad de microbios y agentes patógenos que pululan en nuestro

entorno, lo poco atractiva que resulta la epidermis, incluida la de las señoritas... Pero es más, como refugio recurre al Museo del Prado y su desilusión es ya total, la armonía de cualquier cuadro quedaba destrozada porque “aparte del aspecto del inmenso lodazal desecado debido al barniz, la pintura propiamente dicha habíase metamorfoseado en forma de mosaico construido de millones de piezas de colores simples, agrios e incombina- bles”.

Hay un hecho en la narración que el propio Cajal se encarga de desta- car “por lo expuesto se ve que si al influjo de los excepcionales ojos de Juan el mundo vivo, simplemente el animal, había perdido sus hechizos, al contrario, el mundo inorgánico revelaba indecibles y no soñadas maravi- llas”. Y esto lo escribe Cajal tras poner en boca de Juan sus reflexiones, cuando al salir del Museo del Prado y estar cayendo un gran aguacero observa que la lluvia “barnizando y puliendo, la ciudad entera, había dado faz nueva y más prestigiosa y simpática al desdeñado mundo inorgánico. Al través del barniz acuoso semejaban los zócalos de mármol espléndidas obras de orfebrería cuajadas de diamantes, de cuyas facetas arrancaba la luz mágicos y coruscantes reflejos. El prosaico almendrado de granito ani- móse con inesperados esplendores, luciendo, de mil modos combinados las entonaciones verdosas y azulencas de la mica, los nacarinos matices del feldespató y los diamantinos fulgores del cuarzo”.

Cansado Juan de tan descorazonadas experiencias, decidióse un día a aprovechar sus cualidades en bien de la Humanidad, es decir “en el culti- vo de la ciencia, en el esclarecimiento de los arcanos de la vida”. Y pien- sa lo siguiente “en mis manos microscopio y telescopio aumentarán estu- pendamente su alcance, rindiendo amplificaciones jamás soñadas por los físicos.” Entró en contacto con los miembros del Observatorio Astronómico lo que le permitió durante las claras noches estivales, escu- driñar con poderoso anteojo los insondables abismos del cielo. “Tuvo la fortuna de descubrir astros nunca sospechados, cometas invisibles, nebu- losas,... la atmósfera de la Luna, la habitabilidad de Júpiter, la cuestión de los canales de Marte, la composición química de las estrellas, etc...”.

“No contento con tan estupendas revelaciones, montó en su casa un laboratorio micrográfico y bacteriológico. Y multiplicando la potencia del microscopio por la maravillosa agudeza de sus ojos, escrutó tenazmente las enfermedades de causa ignota, teniendo la suerte de poner en eviden-

cia los gérmenes ultramicroscópicos de la vacuna, viruela, sarampión, sífilis, de los tumores... ¡qué se yo!”.

Y rematando en su pesimismo, veamos sus pensamientos en relación con la muerte. “Veo negro y siento frío. Me parece que una ola tenebrosa de la noche estelar penetra en mi alma; que la temperatura glacial de los espacios interplanetarios me empapa como al errabundo aerolito; que las células de mi cuerpo pugnan por dispersarse como enjambre de abejas enloquecidas... ¡lástima que la muerte suspenda la conciencia sin transferirla del cerebro a la célula y de ésta a la molécula! Momento felicísimo debe de ser para los átomos de carbón y de nitrógeno encarcelados en los albuminoides del protoplasma, el de la liberación definitiva y su libre expansión en los amplios dominios de la atmósfera”.

Cuando pasó el plazo de un año y el protagonista recobró sus capacidades normales, él nota que algo ha cambiado y, como consecuencia de sus nuevas reflexiones, se propuso variar radicalmente de conducta. “Por de contado, abandonó para siempre la satánica manía de hacer responsable a la Providencia del mal físico y moral, considerándolos ahora como indeclinable consecuencia de la flaqueza e imperfección del mecanismo cerebral. Comprendió que el dolor y la esperanza, irremediables en el fondo, en cuanto arrancan de la esencia y contextura misma de la máquina orgánica, sólo pueden paliarse educando a los pueblos en el altruista amor del organismo colectivo y sugiriendo a los hombres la firme convicción de que son células hermanas y equivalentes de una unidad viviente superior, unidad o Estado, cuya prosperidad y felicidad representan la suma de las abnegaciones y sacrificios individuales”.

Hay un mensaje cajalano que quiero destacar y es que el Autor del Universo, con suprema bondad, trató de ocultar aquello que el cerebro humano no está preparado para entender. El hombre, dentro de cada época de la evolución de la Humanidad obtendrá la parte de la verdad que le pertenece, puesto que el cerebro humano no está preparado o en estado propicio para la última verdad íntegra que obtendrá en la cima o en la totalidad del progreso. Cajal, una vez más recurre a un médico, pero en este caso afectado de pesimismo, de falta de entusiasmo y por consiguiente carente de voluntad para luchar. Sin embargo, tras una experiencia única, su actitud cambia. Situaciones como el dolor o la injusticia que antes le abrumaban, ahora comprende que son necesarias al menos como estímulo para el progreso de la Humanidad.

En la Casa Maldita el protagonista, gracias a su voluntad, vence las dificultades exógenas que se le presentan y aquí, en el Pesimista Corregido, es la voluntad la que se impone a un carácter indolente y tris-tón. Para Cajal la clave del triunfo radica siempre en la voluntad.

El hombre natural y el hombre artificial

En éste último cuento Cajal, rompe en cierto modo con los moldes más o menos fijos de los cuentos anteriores; los protagonistas no son médicos y el tema central no gira en torno a patologías personales o ambientales. Aquí se trata de realzar la importancia de la independencia y de la educación, al mismo tiempo que se señala la influencia sobre esta última de la religión.

El argumento es el siguiente: dos amigos españoles (uno de ellos nacionalizado francés) que hacía seis años que no se veían, se encontraron accidentalmente en París en un café del Boulevard Montmartre. Tras los saludos protocolarios cada uno pasa a contar su vida al otro. El nacionalizado francés es Jaime Miralta, ingeniero famoso y director de una importante y acreditada fábrica de aparatos eléctricos. El otro amigo era Esperaindeo Carcabuey, antiguo condiscípulo y contrincante del Ateneo, barón del Velloncino, con porte grave y solemne y enlutado a usanza española.

El tal Esperaindeo toma la iniciativa de contar su vida mientras Jaime le escucha con atención. Comienza diciéndole “mi vida es una historia clínica... Soy una pobre víctima de la mala educación a quien el infortunio ha abierto los ojos... Meditando ahora acerca de mis ideas y sentimientos, me he persuadido de que no soy una persona con propia espontaneidad, venida al mundo para añadir algo al acervo común de la cultura y del bienestar sociales, sino una marioneta de cuyos hilos tiraron los vivos y los muertos”. “Represento humilde manufactura donde colaboraron todas las manos, excepto las mías”.

Para decirnos que había nacido merced a la fecundación artificial dice “soy hijo de mi madre y una jeringuilla”. Para su nacimiento hubo que recurrir a la “violencia del forceps y al cornezuelo del centeno”, la crianza “con biberón y harina lacteada, y mi madre, esclava del cuidado de su

hijo, no permitió, de miedo al frío y a los microbios, que respirara el aire de la calle lo menos en tres años, excepto el día de mi bautizo, en que atrapé soberbio tabardillo y el de la confirmación en que agarré la difteria". Pasados los once años fue enviado a un colegio de jesuitas, en cuyas aulas se dedicó más a las humanidades y a la teología, que las ciencias de la naturaleza. Estudió latín y griego pero ninguna de las lenguas vivas.

En la Universidad se matriculó en los estudios del Derecho, pero dada su formación anterior pensaba que la ley humana era un simple comentario práctico de la ley divina y los jueces, meros delegados de la Iglesia en cuyo nombre administran la justicia. Al concluir sus estudios universitarios dio conferencias con éxito en círculos religiosos, pero no así en los políticos en donde fracasó estrepitosamente, dados sus conceptos religiosos dominantes sobre los conceptos materiales del mundo real en el que vivía.

Tras la muerte de su padre, la madre encontró consuelo en la religión. Esperaindeo, dada su pobre situación económica, recurrió al matrimonio con Magdalena, nada dotada de belleza pero sí de buenos caudales, aunque de un carácter histérico y antojadizo. Este enlace estuvo auspiciado por el Padre Zahorí consejero de la madre y director espiritual de Magdalena.

Como cabría esperar el matrimonio fracasó. El marido y su madre no pintaban nada en la nueva casa, eran meros huéspedes. Magdalena era la dueña de todo y ella lo administraba. Se dedicaba a organizar fiestas benéficas, visitar conventos y frailes, practicar oficios religiosos... el caso es que nunca estaba en casa. Pero la gran sorpresa fue que un buen día la mística esposa, el ejemplo de virtudes de la mujer honesta, huyó con cierto cofrade devoto de la sociedad de San Vicente de Paul, llevándose consigo sus joyas y su dinero.

A partir de ese momento Esperaindeo, que además había perdido a su madre, se dedicó a buscar a la adúltera para entablar pleito y obtener algún beneficio económico que le correspondiese según la ley. Estando en estos trances es cuando ocurre su encuentro con Jaime.

Tras su narración, el atento Jaime le dice a su amigo que todas sus desgracias se deben a lo artificial de su educación, pero que no se preocupe

porque el hecho de que sea capaz de analizar su situación como lo acaba de hacer, demuestra su lucidez. Y por tanto habrá remedio.

A continuación Jaime pasa a contarle su vida que no tenía nada que ver con la de Esperaindeo. Comienza así: “nací en una aldea del Pirineo, de padres humildes, modestos pegujaleros, que no pudieron dar a sus hijos otra instrucción que la de la escuela municipal. En cuanto supe leer y escribir, la dura necesidad obligó al autor de mis días (pues tenía seis hijos más) a acomodarme de zagal en las majadas de un rico ganadero del lugar... Desde entonces mi vida y mi pensamiento se modelaron en la bravía Naturaleza. Lo poco que aprendí en la escuela, esto es, algunas nociones de aritmética, geografía, historia y literatura, bastóme para mantener vivo en mi espíritu el afán de ciencia, la nostalgia de la verdad infinita acerca del mundo y sus causas. Y resolví en mi corazón que mi ruin estado sería interino, y que, tarde o temprano, con industria y labor perseverante, me emanciparía de la ignorancia y del embrutecimiento, terribles males anexos a la pobreza”.

Mas adelante insistiremos en el extraordinario papel que jugó el Maestro en la formación de Jaime y que durante muchas páginas pone Cajal en su boca. Todo un tratado de lo que debe ser un profesional de la enseñanza: auténtico acicate y estímulo permanente para sus alumnos. Gracias a las recomendaciones del Maestro ante el médico, un diputado, y el alcalde, que era además el amo del rebaño que cuidaba Jaime, logró del Ayuntamiento una beca para que realizase estudios superiores. Jaime pretendía ser médico o ingeniero, pero la influencia materna le llevó hacia el Seminario con el fin de ser sacerdote algún día.

Pasó cuatro años en el seminario estudiando Teología, Historia Sagrada y Filosofía, pero el contenido de estas materias solo le creaban contradicciones mentales, por lo que decidió abandonar los estudios encaminados al sacerdocio. Ya sin la ayuda económica del Ayuntamiento, se vino a Madrid y dando clases particulares y el empleo de tenedor de libros se matriculó para ser Ingeniero y al mismo tiempo Licenciado en Ciencias.

Tras unos estudios filosóficos al margen, se inicia en la política pero recibe grandes desengaños que le llevan a desistir y funda un periódico en donde creyó encontrar más libertad para su pensamiento y su acción. Pero no fue así, al apoyar desde sus páginas una huelga, el Gobierno decide

encarcelarle y gracias a su amigo Esperaindeo logró salir de la cárcel. Desengañado totalmente por la injusticia imperante, decidió volver a sus estudios de ingeniero y logró nuevos aportes en los campos de la electricidad y de la radiología, capaces de ser aplicados por la industria. Como suele ser la norma, pidió ayuda al Gobierno para financiar sus proyectos y éste se la negó. Entonces emigró a París, en donde fue atendido y logró convertirse en el próspero industrial que es en el momento del encuentro con Esperaindeo.

A partir de aquí, se reanuda la amistad entre ellos. Jaime le da trabajo en su empresa a Esperaindeo, y de vez en cuando mantienen largas conversaciones en las que quedan de manifiesto las distintas tesis de “el hombre natural y el hombre artificial”.

Análisis del contenido pseudocientífico:

Ya el título del propio cuento nos pone sobre aviso de que se trata de dos concepciones completamente distintas y opuestas del hombre y de su educación: de un lado el hombre natural y de otro el hombre artificial. Creo que en este cuento es en donde podemos descubrir al Cajal más auténtico, en donde expone con mas claridad sus ideas sobre la educación, la amistad, la religión, el sentido patrio y, una vez más, el valor de la voluntad.

Al principio del cuento Esperaindeo está comenzando a narrar su vida y se libera de responsabilidad alguna cargando contra sus educadores y dice textualmente: “Bien sabe Dios que si mi vida ha resultado un fracaso, no es mía la culpa. Otros cargaron el cañón; yo, mera e inerte bala, me limité a seguir la calculada trayectoria...y entre tanto, los flamantes educadores, ¡tan campantes y satisfechos!”. Mas adelante el propio Esperaindeo señala: “En cuanto rompí a hablar y a andarme solo, los que me rodeaban, en vez de despertar el dormido entendimiento con algunas noticias claras y elementales de las realidades de aquí abajo, poblaron mi fantasía con conceptos abstractos y de imágenes de seres invisibles habitantes de lo alto. Entre oración y oración fatigaban mi memoria, contándome consejas absurdas, episodios demoníacos, vidas de santos milagrosos...; narraciones esencialmente contrarias a los principios de la causalidad natural y las mas a propósito para creer que todas las leyes del mundo son derogables a

capricho de celestes influencias”. Prosigue con sus quejas acerca de la formación recibida en su primera infancia y luego con lo ocurrido una vez en el colegio de los jesuitas en donde se lamenta de haber menospreciado “el francés y el alemán, idiomas de los vivos y vehículos de la moderna cultura “.

En la siguiente reflexión podemos ver cual grado de abatimiento sufría: “Ajeno al concepto de la ley natural y mirando al mundo cual perpetuo milagro, tragábame sin el menor empacho cuantos sucesos sobrenaturales me contaban. La marga experiencia me ha enseñado que se desdén o aborrece cuanto se ignora o no se ejercita lo bastante. Y yo, que no ejercitaba la razón, acabé por execrarla...”

Cuando a los diecisiete años, en la Universidad, comienza sus estudios de abogado reconoce que “El Derecho me distanció aún mas de la Naturaleza. A mi creencia en un *mundo milagroso* se añadió entonces el fetichismo de la ley escrita”. Al concluir su carrera, los primeros años le fueron propicios al dedicarse a grandes discursos en el Ateneo y distintas academias en donde dominaban los racionalistas; él mismo reconoce haberse convertido en un orador grandilocuente. Hacía acopio de adjetivos tales como protervos, soeces, viles, groseros, hediondos, nauseabundos, repugnantes, concupiscentes, bajos, sensuales, execrables, abominables para dirigirse a aquellos que el consideraba como materialistas y ateos disfrazados.

Para concluir esta primera exposición a su amigo Jaime, le hace el siguiente resumen “En suma, y para definir en pocas palabras la fisonomía moral del ingenuo paladín de la fe en el Ateneo, me bastará consignar que era católico por sugestión y costumbre, ultramontano por imposición, procaz e intemperante por imitación y orador retórico y florido por recetas”. Veamos lo que expresa acerca de las doctrinas positivistas y evolucionistas: “...escarnecen y degradan, rebajándole a la condición de bruto; apagan la noble sed del ideal, norte de la existencia; aniquilan la esperanza de los pobres y desdichados; entronizan la maldad hábil, la mas odiosa de las maldades; destruyen las bases de la moral, que radican, no en el bajo terreno de la utilidad, sino en la obediencia a los divinos preceptos del Decálogo...”

En sus prolongados discursos reconoce haber fracasado ante “las obje-

ciones asestadas por anarquistas, materialistas y darvinistas contra la autoridad de la Biblia, divinidad de Jesús, infalibilidad del papa y de la Iglesia, superioridad de la moral cristiana sobre las de las demás confesiones religiosas, armonías de la ciencia y la revelación, proclamación de la caridad como única solución al problema social, etcétera...”. Más adelante reconoce que los paladines del dogma sabían menos de Ciencia que los librepensadores de religión.

Un pasaje interesantísimo de éste cuento es aquel en el que Esperaindeo cuenta como “formulábamos un solemne mentis contra el evolucionismo, exigiendo a darvinistas y haeckelianos nos mostrasen las transiciones morfológicas entre las actuales especies, el tránsito, por ejemplo, entre el reptil y el ave o entre el orangután y el hombre, y nos respondían echándonos en cara nuestra ignorancia y describiendo con pelos y señales un extraño bicharraco fósil, el *Archaeopteryx macrorus*, especie de lagarto con plumas en posesión de caracteres mixtos de pájaro y reptil, y el hombre mono de Java (*Pithecanthropus erectus*) con un cráneo intermedio entre el orangután y el malayo”.

La reacción de Jaime ante tales argumentos es la de un auténtico científico (el hombre natural) y le dice: “¿A quién se le ocurre combatir a darvinistas y positivistas con argumentos de Santo Tomás? Desde el momento en que en una controversia se descartan los textos revelados y se recusa a la tradición, en tanto que fuente de certeza para esclarecer los problemas científicos, hay que abandonar el terreno de la escolástica y descender a la arena de la investigación biológica. Las tesis científicas sólo se combaten con hechos o inducciones científicos”. En estos momentos del cuento, Cajal, por medio de los personajes, plantea la clásica controversia entre la religión y la ciencia, dejando claro Cajal que su punto de vista corresponde al del hombre natural Jaime Miralta.

Llama la atención también la idea de Esperaindeo acerca de su matrimonio con Magdalena. Destaco algunas de sus frases: “contraje matrimonio con una señorita huérfana, fea, histérica y antojadiza pero dueña de pingüe dote en títulos de la Deuda... Magdalena estimábame como se estima un cuadro de mérito y un caballo de buena estampa. Lucíame a guisa de trofeo en iglesias y paseos. De afecto verdadero, ni asomos. Su corazón, saturado, al parecer, de amor divino, era incapaz de sentir el amor terrenal”. Sin embargo nuestro hombre detectó alguna conducta irregular

ya que mas adelante le comenta a su amigo las relaciones entre el Padre Zahorí y su mujer y le dice “sus familiaridades con mi mujer no se concretaban puramente al orden espiritual”.

Remachando la idea de Esperaindeo, Jaime tras escuchar la narración de la vida de su compañero, sentencia “has sido víctima de la artificialidad de la educación”.

En cuanto a la personalidad de Jaime tal y como aparece en el cuento yo veo reflejado al propio Cajal, es como si hubiese trozos de su propia biografía y desde luego existen muchos pasajes en común. Todas las reflexiones de Jaime son la expresión de las propias ideas de Cajal expuestas en otros escritos como su “Mundo visto a los ochenta años” o en “Los Tónicos de la Voluntad”. Dice Jaime “mi vida y mi pensamiento se modelaron en la bravía Naturaleza”. Cuenta con minucioso detalle sus observaciones a distintos niveles desde el cielo a ras de tierra, y llega a decir que su valle era para él una biblioteca-museo.

Jaime está contento con lo que fueron sus primeros pasos en contacto con la Naturaleza y le expresa a su amigo, ahora oyente, lo siguiente: “El incesante laboreo de la observación, junto con la efervescencia de conceptos objetivos a los que daba lugar, desarrollaron en mi cerebro una lógica sencilla, monolateral sin duda, pero firme y segura de sus fuerzas. Cuando ejercitaba la inducción jamás vino a mis mentes la idea de sustantivar las leyes fenomenales, convirtiendo la causalidad eficiente en causalidad metafísica. Veía en la flor obligado antecedente del fruto; en el huevo, indeclinable condición del desenvolvimiento y eclosión del polluelo. Para explicar estos fenómenos o, mejor dicho, para concebir una explicación como posible, en vez de recurrir a un ente o fuerza especial distinta de la organización, parecíame harto mas sencillo suponer en la materia viva la existencia de resortes materiales íntimos, misteriosos, que la ciencia llegaría a esclarecer con el tiempo...”.

De sus experiencias personales llega a la conclusión “de que no hay más que un buen método pedagógico: conducir al alumno a la contemplación directa de la realidad, guiándole por el mismo camino (salvo las abreviaciones y simplificaciones reclamadas por los apremios del tiempo) recorrido por la evolución histórica de la ciencia”.

Cuando el afamado ingeniero, hace referencia a su primer maestro D.

Enrique Fernández pone en boca de él la siguiente sentencia “ya que no he podido ser sabio, quiero hacer sabios”. También el maestro le recuerda que “dibujar es analizar, disciplinar la atención, errabunda, observar corrigiendo y meditando”. Aquí es evidente el pensamiento cajalano, que lo demostró a lo largo de toda su vida y obra, de la importancia que le concedía Don Santiago al dibujo.

D. Enrique finalmente dejó el pueblo, marchó a la ciudad por haber conseguido una Plaza Oficial y le dio una serie de consejos al joven Jaime, entre los que destacamos: “Haz caso de lo que dicen los libros; pero ten en más lo que dice la Naturaleza, modelo de los libros... Considera que tu porvenir depende del grado de independencia y originalidad con que juzgues de la realidad del mundo. En la máquina social hay que ser motor, no rueda; personalidad, no persona. Se tú, no los demás. Evita la credulidad excesiva y aparta de la imaginación diablos, duendes, fábulas y consejas... La Naturaleza y la lógica aconsejan de consuno este orden en la adquisición de los conocimientos: primero, los hechos, es decir, el registro de las percepciones según las relaciones con las que llegaron a la conciencia; luego, las leyes generales empíricas; el último término, las hipótesis y teorías”.

Cuando Jaime expuso su experiencia de entrada en el Seminario y el contraste entre lo que allí le enseñaban y él conocía y pensaba, resultó fuerte en algunos momentos. Jaime empleaba una dialéctica terrible contra la doctrina de la Iglesia y en defensa del racionalismo. A veces se justificaba diciendo “es indudable que existen naturalezas instintivamente refractarias o muy poco inclinadas a la creencia en lo sobrenatural”.

Mas adelante añadía “mi fe, que no fue nunca la del *carbonero*, periclitó completamente al sorprender las singularidades, contradicciones y errores de los libros de santos y al meditar sobre los ingeniosísimos, pero imposibles, esfuerzos de Santo Tomás para conciliar el dogma con los principios de la filosofía aristotélica y los fueros de la razón natural”.

Es evidente, tras la lectura de éste cuento, que el pensamiento de Cajal rechaza todo dogmatismo, toda imposición religiosa sin más, toda oración que trate de violar las leyes universales e incluso la profesión sacerdotal. Sin embargo, Don Santiago deja abierta la siguiente puerta “en presencia de leyes invariables, nuestro papel se reduce a estudiarlas y cumplirlas,

con el menor daño de la vida y de la evolución, integrando copiosamente, según te dije antes, nuestro personal esfuerzo en la corriente común de la Naturaleza, y convirtiéndonos, de ruines pordioseros que fuimos, en sublimes colaboradores del pensamiento divino”.

Un detalle que me ha llamado poderosamente la atención y que creo que no ha sido comentado con anterioridad por ningún conocedor de la obra cajaliana, es la opinión que pone en boca de Jaime acerca del pueblo judío “Hallaba, además, rudas, primitivas y esencialmente materialistas la teodicea y la moral del pueblo judío. Por demás antipáticos e intolerables me parecían en esta raza su pretensión de ser la nación escogida por Dios, sus veleidades y apostasías, su desdén altanero hacia las demás naciones, su bárbaro aborrecimiento de la cultura egipcia y griega y, por encima de todo, su falta de ternura y de piedad...” Y continúa más adelante preguntándose: “¿Cómo es posible, me decía, que, durante la edad contemporánea de las florecientes y espirituales civilizaciones egipcias, judía y griega, el adusto Jehová escogiese, como vehículo de su verbo y pedestal de su gloria, pueblo tan loco, furioso e inhumano?”. Cuando Cajal escribía estas páginas, aún no existía el Estado de Israel y el problema con el pueblo palestino. Y yo me pregunto ¿qué diría ahora?

Pasando de la religión a la política, Cajal por medio del pensamiento de Jaime, no muestra demasiado aprecio por ella. Jaime desconfía de los políticos que se amparan en su capacidad de oratoria o de dialéctica para engañar al público. En una gran disquisición política, llega a decir el ingeniero nacionalizado francés: “Al hojear febril y conmovido los elocuentes libros de los apóstoles de la justicia social, de Marx, Lassalle, Kropotkin, Bakunin, Reclus, Grave, etcétera, mi espíritu sufrió recia sacudida moral solamente comparable con la recibida años antes durante mis lecturas del Seminario. En las contradicciones de la filosofía había sorprendido la pobreza de la mente humana condenada a perderse entre nubes; en las briosas y ardientes reivindicaciones de los oprimidos, impresionáronme la sequedad y egoísmo invencibles del corazón de los poderosos. Y con profunda pena advertí que, de igual manera que dos mil años de libre meditación filosófica no fueron parte a librarnos de la tiranía de los ingenuos mitos religiosos, varios siglos de régimen político liberal y de estudios sociológicos serios no han sido poderosos a redimimos de la injusticia”.

Jaime en la exposición de su vida pone de manifiesto “sus” ideas acer-

ca de la religión, la política, la sociedad, la universidad... y como sus ideas son las de Don Santiago, naturalmente deja escapar sus opiniones acerca de nuestro escaso sentido patriótico y nuestro excesivo sentido individual o nuestra admiración por los países anglosajones, acostumbrados al trabajo en equipo y a tener orgullo nacional, lo que resulta excepcional en los países mediterráneos mucho mas individualistas. Ante estas reflexiones Esperaindeo interviene y le dice: "Tus reflexiones me sugieren la explicación de un fenómeno que jamás acerté a comprender satisfactoriamente, la poca fortuna de nuestros sabios y pensadores en el campo de la investigación personal. Saben pensar, pero se fatigan pronto, porque les falta, sin duda, el alimento dinámico de las santas obstinaciones; a saber: anhelo de gloria y amor a la patria."

Retomada la palabra por Jaime y refiriéndose al papel de los científicos españoles, expresó la siguiente opinión: "El sabio como la alondra, debe saber volar y cantar... Sí; volar muy alto y muy lejos para descubrir los nuevos horizontes. Por desgracia, el talento español recuerda demasiado al faisán, ave de porte gallardo, de corto y fatigoso vuelo...". Aquí Cajal, una vez mas, pone de manifiesto la inconstancia en el cumplimiento del deber, la falta de un voluntad sostenida en el tiempo.

Hay un detalle casi al final del cuento al que yo le doy importancia. Es cuando Jaime al terminar la narración de su vida y sus ideas le ofrece a Esperaindeo un puesto de trabajo en su fábrica y le dice que no le da un mejor cargo (el de administrador-gerente) porque en éste había colocado a su antiguo e incomparable maestro D. Enrique Fernández. Ambos hechos demuestran el enorme valor que Cajal concede a la gratitud y a la amistad.

En definitiva en éste último cuento Cajal deja ver la eterna existencia de dos Españas sobre la base de la educación recibida, encarnadas en Esperaindeo (hombre artificial) y en Jaime (hombre natural). Para Cajal la enseñanza liberal que recibió Jaime es la que merece la pena y este pensamiento queda reflejado con rotundidad en la siguiente intervención: "Afirmaba yo que, dentro del régimen democrático, todas las libertades son sagradas menos una: la de negar la libertad". Y sobrevolando por encima de todas las líneas el eterno mensaje cajaliano del valor de la voluntad.

Conclusión

En el prólogo de la cuarta edición de Las Obras Literarias Completas de Cajal, publicadas por la Editorial Aguilar en Madrid (1961) y firmado por F.S.R., se dedica atención a tres aspectos de Don Santiago Ramón y Cajal, como hombre, como sabio y como literato. En relación con este último apartado el prologuista escribe lo siguiente:

“No intentaré, sería necio, equiparar el Cajal literato al Cajal hombre de ciencia. Pero si diré que el científico casi malogró al literato, no dejándole para dedicarse a la amena literatura ni tiempo ni humor. Pero es indiscutible que en Cajal hubo un escritor de primera fila que se malogró en parte. Tenía cultura, delicado gusto, prosa fácil y castiza, fino sentido crítico, ideas profundas, naturalidad expresiva, sutil sentido del humor”. Estoy totalmente de acuerdo con lo aquí expresado y lo asumo al cien por cien.

En relación con los Cuentos de Vacaciones se dice que es su obra más cumplida de literato. “Abundan en ellos las notas fuertes, las sutilezas psicológicas, los dibujos rápidos de mano maestra. Sin que le falte un colorido brillante ni la inventiva original “.

Con esta exposición he pretendido dar a conocer una faceta más de Cajal. Cajal tenía una inmensa personalidad y ha sido mitificado pero no con arreglo a su manera de ser, sino a la que algunos biógrafos han querido dar con una imagen de sabio solitario, encerrado noche y día en su laboratorio y sin importarles nada más que la Ciencia. Y eso no es cierto. Quien lea con detenimiento las obras literarias de Cajal descubrirá las más diversas facetas que le enriquecen aún más y es que además de su actividad literaria (como queda demostrada en sus obras ya citadas en la introducción), desplegó una gran actividad pictórica y fotográfica, pero, además, cultivaba toda una serie de aficiones o “manías”, según su propia expresión, el excursionismo, el ajedrez y las tertulias.

Todo lo antedicho, perfectamente comprobable, nos viene a demostrar que es compatible el rigor científico y la dedicación al trabajo con otra serie de actividades, que lo importante es saber que es lo que se quiere y poner los medios para conseguirlo. Todos hemos comprobado como hay personas que cuanto menos hacen más agobiadas, dicen que están, por el

trabajo. En cambio personas trabajadoras, eficaces, ordenadas, dan la impresión de que saben multiplicar las horas.

Volviendo a los Cuentos, creo que ha sido posible comprobar en las distintas historias y en los pensamientos de los personajes todo el sentir cajalano referido al matrimonio, a la sugestión colectiva, a la educación, al papel de la Iglesia, a la importancia de sentirse patriota, al valor del contacto con la Naturaleza y por encima de todo el valor de la voluntad.

Para terminar quiero en primer lugar darles las gracias de nuevo a los Sres. Académicos por su recepción, muy especialmente al Profesor Dr. D. Federico López Mateos por mi presentación ante este Pleno y a los asistentes por su presencia y compañía. Quiero también rogarles que en cuanto puedan lean los cuentos de Cajal, verán su ironía, su humor, su formación científica, su espíritu crítico... son una delicia, un regalo para el cerebro. Y a la Academia le ofrezco, dada mi doble condición de manchego y cajalano, lo que el propio Cajal considera indispensable en el hombre de genio “el espíritu soñador, la cultura y el altruísmo de Don Quijote y la serenidad, robustez y positivismo de Sancho “.

He dicho.

Bibliografía

- ALBARRACÍN, A (1978): *Cajal o la pasión por España*. Labor. Barcelona.
- CASTRO, F. de (1934): *Santiago Ramón y Cajal(1852-1934)*. Archivos de Biología, 14, 833 – 865.
- CORTEZO, C. M (1922): *Cajal. Su personalidad, su obra, su escuela*. Imprenta del Sucesor de Enrique Teodoro. Madrid.
- DURAN, G y ALONSO, F (1969): *Ramón y Cajal*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- LAÍN, P (1978): *Cajal por los cuatro costados*. En Expedientes Administrativos de grandes españoles, vol I, 17-65. Ministerio de Educación y Ciencia. Madrid.
- LEWY, E (1977): *Así era Cajal*. Espasa-Calpe. Madrid.
- LEWY, E (1987): *Santiago Ramón y Cajal. El hombre, el sabio y el pensador*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- LÓPEZ PIÑERO, J. M (1986): *Cajal, Antología*. Península. Barcelona.
- LÓPEZ PIÑERO, J.M (2000): *Cajal*. Debate. Madrid.
- MARAÑÓN, G (1950): *Cajal, su tiempo y el nuestro*. Colección Viento del Sur. Santander.
- RAMÓN y CAJAL, S (1961): *Obras Literarias Completas*. Aguilar. Madrid.
- TELLO, J. F (1935): *Cajal y su labor histológica*. Universidad Central. Madrid.

**DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL
EXCELENTÍSIMO SEÑOR DOCTOR DON
FEDERICO LÓPEZ MATEOS**

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. Sras y Sres. Drs. Académicos
Señoras y Señores:

Presentar a un nuevo académico es, siempre, un honor que va acompañado por la responsabilidad que supone transmitir, en su justa medida, la trayectoria académica y profesional del electo y la de aceptar la carga intelectual que lleva consigo la contestación adecuada y oportuna a su discurso.

Presentar al profesor Doctor Don Benjamín Fernández Ruiz es, además de un honor, una satisfacción gratificante porque, por una parte, he conocido como ha dado sentido a su vida poniendo la fortaleza de su cuerpo y las potencias de su alma al servicio de su vocación universitaria y, por otra parte me ha deleitado, nos ha deleitado, con un discurso simpático en su forma pero impregnado en los indiscutibles valores del investigador y maestro que fue y es Don Santiago Ramón y Cajal.

D. Benjamín, mitad Quijote mitad Sancho, cómo acaba de decir, nació hace poco más de 61 años en Ciudad Real. No podía ser en otro sitio si quería garantizar que con su sangre corría el altruismo de D. Quijote y el positivismo de Sancho. Pero se crió en Madrid, en cuya Universidad Complutense estudió la carrera de Ciencias Biológicas.

Su vocación por la docencia está demostrada. Fue, primero, Profesor Adjunto y Catedrático de Ciencias Naturales de Bachillerato, en ambas plazas por oposición, y después, inicia su larga y brillante carrera enseñante en la Universidad. Fue Profesor encargado de curso y Profesor Adjunto de Histología Vegetal y Animal, manteniendo viva su formación académica como alumno de los cursos de Técnicas Histológicas, Ultraestructura Celular y Microscopía Electrónica Biológica y alumno en las escuelas internacionales International School of Electron Microscopy y en la European Training Program in Brain Research de Burdeos.

En 1975 ganó la plaza de Profesor Agregado de Citología para la Universidad de Salamanca y, posteriormente, la de Histología Vegetal y Animal de la Universidad Complutense.

En mayo de 1977 accedió a Catedrático de Citología e Histología Vegetal y Animal y, después de ejercer en la Universidades de La Laguna (Tenerife) y Alcalá de Henares, se trasladó a la Universidad Complutense en donde ahora desarrolla su actividad académica como Catedrático de Biología Celular en la Facultad de Ciencias Biológicas.

Su trabajo de Tesis Doctoral titulado: "Estudio citológico-topográfico de los núcleos hipotalámicos en el hamster" fue pionero en la utilización del microscopio electrónico para el estudio del sistema nervioso. Desde entonces, año 68, ha mantenido su línea de investigación siguiendo la tradición neurohistológica española iniciada por Cajal, siendo renovador en la investigación de las células gliales, concretamente sobre los astrocitos. Ha trabajado con el Profesor Fedoroff en el laboratorio de cultivos celulares de la Universidad de Saskatoon (Canadá) y con el Profesor Jones en el laboratorio de Neurobiología de la Universidad de Irvine en California.

Desde su cátedra Complutense ha participado en nueve proyectos de investigación subvencionados por la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica, la Comisión Administradora del Fondo de Investigaciones Sanitarias de la Seguridad Social, la Comisión Interministerial de Ciencias y Tecnología y la Comisión de las Comunidades Europeas.

Fruto de esta intensa labor investigadora son los mas de cien trabajos publicados en revistas nacionales e internacionales, así como su participación en otro centenar de Congresos de su especialidad. Hasta el presente

ha participado en la publicación de doce libros para la Enseñanza Media y la Enseñanza Superior, así como algunos otros de carácter divulgativo.

Pero, junto a la estricta labor académica docente e investigadora, D. Benjamín ha participado activamente en la dirección y gobierno de la Universidad. Ha sido director del Departamento de Morfología y Fisiología de la Facultad de Ciencias de La Laguna, Secretario General de la Universidad de Alcalá de Henares, Director del Departamento de Morfología Microscópica de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad Complutense, Vicerrector de Departamentos y Centros de ésta misma Universidad y Director de un buen número de cursos de verano de distintas universidades (Complutense, Alcalá de Henares, Castilla-La Mancha y Menéndez y Pelayo).

En su proyección social ha sido miembro fundador y Secretario de la Sociedad Española de Histología, Secretario de la Sociedad Española de Microscopía Electrónica y Presidente del Instituto de Estudios Manchegos y Presidente de la Real Sociedad Española de Historia Natural (de la que también fue Presidente Don Santiago Ramón y Cajal).

Tampoco se puede olvidar que D. Benjamín es un comunicador nato: es habitual, aunque no periódica, su colaboración con las secciones culturales de los medios de comunicación, y sus conferencias en instituciones académicas y centros universitarios ocupan una parte importante en la vida intelectual de este profesor universitario.

Una virtud que practica nuestro nuevo académico es la lealtad con sus mayores, con sus maestros. Tener lealtad, dice la Real Academia Española, es cumplir lo que exigen las leyes de la fidelidad y las del honor y la hombría de bien. Conviene recordarlo en estos momentos que estamos viviendo de confusión moral, social y política.

D. Benjamín guarda la confianza y creencia en la autoridad moral e intelectual de sus maestros. No es para menos, el paradigma lejano pero permanente de Don Santiago Ramón y Cajal y el inmediato de otro aragonés excelente, el Dr. D. Alfredo Carrato Ibáñez impregnaron su quehacer universitario.

Por eso no me ha extrañado la elección del protagonista en el discurso que acabamos de escuchar. Para todo universitario que se precie la figura

de D. Santiago es la del patrono estimulante y eficaz, sobre todo cuando se sitúa su quehacer en el marco científico de su época.

Yo le conocía por su obra, pero aprendí a quererle durante mi profesorado y gobierno en la Universidad de Zaragoza. El itinerario humano y profesional de Cajal, desde Petilla de Aragón hasta Madrid, lo he recorrido acompañado de muy buenos amigos, sobre todo médicos y biólogos que me han ilustrado sobre la inteligencia, meticulosidad y capacidad de trabajo de nuestro ídolo investigador. Tengo para mí la satisfacción de verme muchas veces retratado bajo su imagen, esculpida por Mariano Benlliure, que se encuentra en el lugar preeminente de acceso al Paraninfo de la Universidad de Zaragoza. Si tienen oportunidad vayan a verla es, sin duda, una de las estaciones de parada del itinerario cajaliano.

En estas líneas de recuerdos al maestro de la Neurohistología, para los que se inician, lean detenidamente el discurso del académico Fernández Ruiz, volverán a sonreír y sentirán el atractivo de leer los cuentos completos. Luego sigan con la bibliografía que nos aconseja, fundamentalmente literaria, pero no dejen de profundizar también en la científica.

Para mí, entre cuento y cuento, el maestro, que ejerce siempre, no en vano es profesión que imprime carácter, explica y aplica sus observaciones, perfila sus vivencias sobre la investigación y destaca los valores humanos. Sus reflexiones son siempre de actualidad y bueno sería que profesores e investigadores universitarios, en particular los más jóvenes, sobre todo los de Ciencias experimentales, recalasen sobre esos principios.

En relación con los principios de la investigación, en este tiempo en que se dispone de avanzadas técnicas de programación de experimentos y sofisticados aparatos de gran resolución que permiten obtener resultados con gran precisión a elevada velocidad, no se puede despreciar el valor de la observación de los fenómenos y la reflexión detenida y profunda sobre los resultados experimentales que proporcionan soluciones de aplicación directa pero sin explicación inmediata, coherente y consecuente. El descubrimiento aparece como el "numen de la Ciencia" de nuestro Cajal, como un final en el que "la intuición del filósofo", "la casualidad feliz del científico", "la inspiración del artista" y "la fortuna del político" cristalizan en la mente del investigador para explicar los fenómenos, proponer soluciones alternativas para evitar una dificultad o deducir aplicaciones útiles de los materiales.

Desde el cuento titulado “El pesimista corregido”, por ejemplo, D. Santiago nos descubre el papel de las bacterias; escribía: “esas bacterias, tan abominadas, desempeñan trascendental misión en la economía de la Naturaleza. Ellas hacen desaparecer los despojos de plantas y animales, devolviendo al ambiente el lote de oxígeno, carbono y nitrógeno secuestrado por la materia orgánica”. D. Santiago con este párrafo nos está descubriendo y describiendo el principio de la depuración biológica en que está basada la Técnica de las Estaciones Depuradoras de Aguas Residuales ¿no les parece precisa y directa su conclusión como investigador?

En las narraciones pseudocientíficas que acabamos de oír subyace de una manera casi obsesiva y constante por D. Santiago la defensa de los valores permanentes de la persona, entre otros: el honor, la gratitud y la amistad, el trabajo y la voluntad, complementarios del conocimiento de los Saberes. Es el modelo del universitario que nos gustaría ver plasmado en toda la Sociedad.

Doctor Benjamín Fernández Ruiz, sea bienvenido a nuestra Institución. La Real Academia de Doctores y yo mismo le damos nuestra enhorabuena y le pedimos que mantenga vivo el compromiso con nuestro doctorado. Lo dice nuestra medalla, que recoge en tres palabras la adaptación de uno de los versos del poeta latino Lucrecio: “PERFUNDET OMNIA LUCE”. Todo lo iluminará con su luz. Que vuestra luz nos ilumine a todos.

He dicho.

